LA CULTURA NACIONAL COMO PROBLEMA

Mario Sambarino

nuestra tierra 46

nuestra tierra 46

EDITORES:
DANIEL ALJANATI
MARIO BENEDETTO

ASESOR GENERAL:
Dr. RODOLFO V. TÁLICE

ASESOR EN CIENCIAS ANTROPOLÓGICAS:
Prof. DANIEL VIDART

ASESOR EN CIENCIAS BIOLÓGICAS:
Dr. RODOLFO V. TÁLICE

ASESOR EN CIENCIAS ECONÓMICAS:
Dr. JOSÉ CLAUDIO WILLIMAN h.

ASESOR EN CIENCIAS GEOGRÁFICAS:
Prof. GERMÁN WETTSTEIN

ASESOR EN CIENCIAS SOCIALES Y POLÍTICAS:
Prof. MARIO SAMBARINO

SECRETARIO DE REDACCIÓN:
JULIO ROSSIELLO

SECRETARIO GRÁFICO:
HORACIO AÑÓN

DEPARTAMENTO DE FOTOGRAFÍA:
AMÍLCAR M. PERSICHETTI

Distribuidor general: ALBE Soc. Com., Cerrito 566, esc. 2, tel. 8 56 92, Montevideo. Distribuidor para el interior, quioscos y venta callejera: Distribuidora Uruguaya de Diarios y Revistas, Ciudadela 1424, tel. 8 51 55, Montevideo.

LAS OPINIONES DE LOS AUTORES NO SON NECESARIAMENTE COMPARTIDAS POR LOS EDITORES Y LOS ASESORES.

Copyright 1969 - Editorial "Nuestra Tierra", Soriano 875, esc. 6, Montevideo. Impreso en Uruguay —Printed in Uruguay—. Hecho el depósito de ley. — Impreso en "Impresora REX S. A.", calle Gaboto 1525, Montevideo, octubre de 1970. — Comisión del Papel. Edición amparada en el art. 79 de la ley 13.349.

LA CULTURA NACIONAL COMO PROBLEMA

Mario Sambarino



MARIO SAMBARINO cursó estudios en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales. En 1944 obtuvo el primer puesto en un concurso de oposición libre para enseñanza de la Filosofía en la capital. Fue profesor de Filosofía en el I. A. V. A. desde esa fecha hasta 1965, y profesor en el Departamento de Filosofía del Instituto de Profesores "Artigas" entre 1950 y 1965. Desde 1963 es profesor titular en la Facultad de Humanidades y Ciencias, donde dicta el curso de Filosofía Práctica. Es autor de una obra técnica, **Investigaciones sobre la estructura aporético-dialéctica de la eticidad** (1959), que fue premiada por la Universidad de la República y por el entonces Concejo Departamental de Montevideo, y en la cual inicia una nueva dirección en su especialidad, con el nombre de "ethologismo". Es autor de varios trabajos y artículos: **El concepto de individualismo** (1953), **La hipótesis cartesiana del genio maligno y el problema del valor de la evidencia** (1963), **Alienación y desarrollo** (1966), **Origen y estado actual del concepto de alienación** (1967), **Emancipación política y emancipación humana en el joven Marx** (1968), **Individualidad e Historicidad** (1968); y de comunicaciones al XII Congreso Internacional de Filosofía realizado en Venecia y Padua (**Libertad y Valor**, 1958), y al XIV Congreso de igual carácter realizado en Viena (**Hecho histórico e historicidad**, 1968). En la actualidad es Consejero de la Facultad de Humanidades y Ciencias. Su labor intelectual ha estado siempre centrada en los problemas filosóficos de las ciencias de la cultura.

INTRODUCCION

El tema planteado no propone un relevamiento de datos sobre la cultura nacional, ni una visión panorámica de sus distintos aspectos. Se pregunta por la "cultura nacional", pero de modo tal que en relación con ella hace mención a la posible existencia de un problema. No ha de consistir éste en los problemas que se le plantean al indagador que, al proponerse como tema la cultura nacional, se encuentra ante dificultades metodológicas acerca de cómo proceder para determinar las fuentes, o para obtener y clasificar los datos, o para exponer sus conclusiones; consiste en precisar qué problema existe ínsito en la cultura nacional misma, para que respecto de ella podamos hablar de un problema —o de varios—. O sea que no se trata de problemas subjetivos, en el sentido de que se hacen presentes para el sujeto que estudia el tema, sino de problemas objetivos, presentes en el objeto del tema; que éste es una realidad problemática, por cuanto constituye un sector de la realidad circundante en el cual sucede que ese sector se encuentra ante problemas, y que incluso se vuelve problema para sí. Y por cuanto nosotros nos encontramos inmersos en esa realidad, nos encontramos también *como tema* con los problemas de ésta.

Desde luego, el tratamiento del tema conllevará problemas de orden lógico y metodológico. Entre aquéllos y éstos existe un puente. Señalando las preguntas globables fundamentales que en lo que sigue habrán de tratarse, diremos: 1) ¿Existe una cultura nacional?; 2) Si existe, ¿en qué consiste, cómo es, y qué vale?; 3) Las respuestas sobre estas preguntas ¿ponen de manifiesto la existencia de problemas en esa misma realidad que quedaría identificada como cultura nacional?; 4) ¿Cuáles son en tal caso esos problemas, y cuáles las actitudes posibles a tomar para hacernos cargo de ellos? Obviamente, el tema a tratar presupone la comprensión de qué ha de entenderse por "cultura", qué por "nacional", qué relaciones pueden estable-

cerse entre ambos términos, y qué criterios de estimación habremos de manejar para valorar lo que en la realidad se nos presente. Por eso nos hemos propuesto, aunque sea de una manera sumaria, explicitar primero el concepto de cultura, y luego el fundamento de los criterios estimativos que a ella puedan aplicarse; después describir, en sus rasgos más genéricos pero conceptualmente definibles, la situación cultural nacional; mostrar la concatenación existente entre esa situación, los problemas en que ella se debaten, y las perspectivas concretas de un futuro; finalmente, hacer unas breves conclusiones que resuman lo que surge del camino recorrido.

Biblioteca de la Facultad de Humanidades y Ciencias. Foto: A. M. Persichetti



LOS FENOMENOS CULTURALES

EL CONCEPTO SUBJETIVO DE CULTURA

La palabra "cultura" tiene su origen en el latín. En su sentido propio significaba "cultivo", entendido como trabajo agrario o resultado del mismo, tal como hoy hablamos del "cultivo de la tierra", o de "campos cultivados". Pero, por extensión, pasó a significar cultivo de la mente o del espíritu; cultivo de las letras; cuidado en el modo de vida, en los hábitos, en la vestimenta; lujo, pompa; veneración por algo o alguien, de donde deriva la acepción de "culto" como práctica religiosa; costumbres, individuales o colectivas; prácticas que, por lo que representan como estilo de vida y forma de organización de un pueblo, expresan el modo de ser que es característico de éste.

De todo ese conjunto de significados, cada uno lleno de matices, se pueden extraer dos líneas fundamentales, dejando de lado su acepción originaria: una que apunta hacia los individuos, y en la que se distingue el "culto" del "inculto"; otra que señala hacia formas colectivas de vida, pero que, al igual que la anterior, si bien con distinto alcance, permite distinguir entre pueblos "cultos" e "incultos" aunque, por su carácter colectivo, representa el germen de una noción objetiva de cultura; mas no es ésta la que en este apartado ha de ocuparnos.

Resulta así que en su acepción "clásica" la palabra *cultura* quiso expresar un modo diferenciado de ser, individual o colectivo, que a la vez representaba un modo diferenciado de valer. El origen de ese concepto así entendido se encuentra en el clasicismo griego. En la antigua Grecia no hay una palabra que se corresponda con "cultura"; la más aproximada era "paideia", que originalmente significaba la educación del niño, pero que después llegó a designar la formación del hombre plenamente educado, cumplido, logrado en su con-

dición propiamente "humana". Esta referencia tan estricta a lo individual no excluía una apreciación colectiva de la "paideia griega" confrontada con el modo de vida propio de los pueblos "bárbaros", voz por la que se entendía, simplemente, a los pueblos que no vivían conforme al estilo vital, las costumbres y el sistema de valores que caracterizaban a la educación griega, sus resultados, y las condiciones de organización social que hacían posibles una y otra cosa. O sea: la paideia *griega* era, sin más, *la* paideia. El modo griego de vivir y de apreciar las formas de vida, eran *la cultura* a secas, la cultura como forma fijada y paradigmática de un modo humano de ser que al mismo tiempo era el modo humano más alto de valor. Por cuanto esa cultura griega se convirtió en "clásica", importa caracterizar, aunque sea muy someramente, su contenido, sus alcances y sus limitaciones.

LA CULTURA CLASICA

Ella era expresión de una sociedad jerarquizada, socialmente diferenciada; sus orígenes se confunden con los gustos y el estilo vital de una clase aristocrática, en un medio donde la guerra era una práctica habitual; dio lugar muy amplio a una severa formación física, como medio para forjar un estilo de carácter; unió a ello la trasmisión de costumbres, ritos, cantos y creencias que en los medios dominantes se tenían por tradicionalmente valiosas. En su evolución originó prácticas intelectuales y estéticas que ejercieron una influencia decisiva en tiempos posteriores, y en relación con las cuales comenzó a gestarse la noción de "hombre cultivado". Fue así desplazándose rápidamente hacia un tipo de cultura que supone una tradición letrada; y en algunos sectores del mundo griego, particularmente en Atenas, alcanzó una difusión que la hizo a veces accesible a otras clases



Aristóteles.

sociales. En lo estrictamente intelectual, a lo largo del siglo IV a. C. se debatió entre un ideal filosófico-científico, tendiente a un conocimiento de tipo contemplativo de verdades relativas a la estructura de la realidad y a los principios que han de orientar el comportamiento humano, y un ideal retórico, tendiente al logro de hermosas formas expresivas, a la perfección en el hablar, a la fineza espiritual en el comentario de textos dignos de admiración por su valor estético o por los ejemplos que de ellos surgían para incitar a cumplir con bellas formas

de comportamiento humano. Esta dirección, orientada fundamentalmente hacia el cultivo de la retórica, pasó a ser predominante en la siguiente época helenística, y en la época romana después. Fue así que el "conocimiento de las letras" terminó por ser la característica del "hombre cultivado" en el mundo antiguo: su cultura fue fundamentalmente literaria, cada vez menos creadora y cada vez más eruditamente comentadora de textos convertidos en clásicos, o imitadora de éstos. El ejercicio de la filosofía o de la ciencia fue cosa de excepción, propia de círculos restringidos. Respecto de lo que hoy llamaríamos conocimientos profesionales, sólo la medicina desde antiguos tiempos, y el derecho desde el desarrollo de Roma, fueron objeto de una enseñanza sistemática. Todas las otras formas de conocimiento profesional quedaron relegadas al rango secundario de oficios técnicos, que se aprendían por la práctica junto a quienes los desempeñaban y carecían de significación para otorgar a los ejercitantes el carácter de "cultos". Todo trabajo manual remunerado implicaba una atención a menesteres incompatibles con el espíritu, y era signo de un rango humano inferior. El desplazamiento que hemos reseñado hacia una cultura de tipo literario se cumplió con un abandono progresivo de la cultura física, tan importante en la primitiva "paideia".

En la época helenística se desarrolló en ciertos medios un verdadero "culto por la cultura", entendida esta última en el sentido fundamentalmente literario, y de formación espiritual individual, que hemos señalado. Por este significado se comprende que, cuando los autores latinos se vieron en la necesidad de traducir la palabra griega "paideia", se hayan decidido por decir "humanitas" (cf. MARROV, *Histoire de l'Éducation dans l'Antiquité*. París, 1950). Pero la formación cultural superior se asentaba sobre una educación básica, de carácter general, que ya entonces se organizaba de manera similar a lo que en la Edad Media será el "Trivium" (gramática, retórica y dialéctica, esta última en el sentido de "lógica" y "arte de discutir"), y como etapa siguiente el "Quadrivium" (aritmética, geometría, astronomía y música, esta última en el sentido de teoría musical). Cuando, a fines del mundo antiguo, el cristianismo se convierte en religión dominante, se debilita progresivamente el estudio de la tradición literaria greco-latina; las técnicas de estudio y comentario de textos pasan a aplicarse a la exégesis de los textos sagrados. Bien sabido es cómo luego, con las invasiones germánicas, se produce la crisis final de la cultura antigua, y cómo, después de varios siglos de escasísimos medios de estudio y de generalizada ignorancia, comienza a partir del siglo XI y junto con comentarios cada vez más sutiles de la tradición religiosa, la lenta recuperación de textos filosóficos y científicos del mundo antiguo, cuyo examen



La enseñanza medieval.

Acta de fundación de "La Sorbona".

plantea el agudo problema de su compatibilidad con la dogmática cristiana. Ese renacimiento cultural estará en pleno florecimiento en el siglo XIII, en cuyos fines se verá el nacimiento, como nueva forma institucional, de las universidades. Culto será entonces el "docto", y lo será por el estudio detallado de textos teológicos, o filosóficos, o jurídicos, o médicos, en un orden jerarquizado de "sabiduría".

EL HUMANISMO Y LA CIENCIA

Pero una nueva idea de "hombre culto individual" sobrevendrá en el Renacimiento. Éste se caracteriza, entre otros aspectos, por el movimiento que se llamó "humanismo", y que en lo fundamental, y en su origen, fue un descubrimiento del olvidado valor estético de la cultura antigua. La idea medieval del *docto* se desplazó entonces hacia el docto en lo literario y en lo artístico clásico; simultáneamente surgió una particular estima por las creaciones e innovaciones literarias y artísticas de los contemporáneos. Las formas severamente sistemáticas de la filosofía medieval dieron paso a escritos de contenido filosófico que se expresaban en el estilo del ensayo. El erudito, el literato y el artista hicieron irrupción en la vida mundana, al margen de la vida universitaria. Fue así que se hicieron presentes en las cortes principescas, y pasaron a ser una forma de ornato de que gustosamente se rodeaban los medios aristocráticos. Conjuntamente, el desarrollo de esas mismas "cortes" aportó el gusto por las maneras elegantes, la delicadeza cultivada en el hablar, el refinamiento en el entorno, lujos y placeres, y en las prácticas de la cortesía. Así las cosas, en los tiempos modernos la "educación cultivada" se integró con el acostumbramiento a ciertos modales y gustos selectos que

pertenecían a una clase social, un conocimiento básico de los autores antiguos con el valor de iniciación en las "humanidades" como cosa adecuada a un hombre distinguido y libre de trabajo, y el mantenerse después al tanto de lo que se creaba en las artes y las letras de su tiempo.

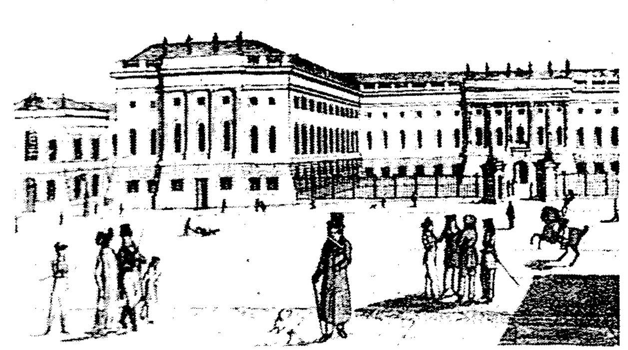
La nueva ciencia y la nueva filosofía, aunque partían de aquella educación en que era fundamental un cierto cultivo de las humanidades, se gestaron al margen de éstas y al margen de las universidades, en las que seguía dominando el estilo de pensamiento de Aristóteles. La filosofía despertó especial interés en círculos relativamente amplios porque, tras la crítica de los humanistas a la filosofía medieval, y con los problemas derivados del quebrantamiento de la unidad religiosa europea a consecuencia de la reforma protestante, aparecía como la forma cultural sustitutiva de la antigua teología, y se presentaba como verdad racional universal que no presuponía la creencia en dogmas y textos sagrados ahora discutidos.

Más restringido fue el interés despertado por la nueva ciencia de la naturaleza, a pesar de las evidentes posibilidades prácticas que permitía. El cultivo de la ciencia siguió durante bastante tiempo siendo cosa de excepción, y el científico era juzgado como un hombre raro, dado a una vocación rara, casi un extravagante; por lo menos el científico puro, porque más interés despertó el dedicado a ciencias aplicadas. Sin embargo, gran parte de las innovaciones técnicas del mundo moderno no surgieron de la ciencia sino del trabajo práctico en oficios especializados. Por esta razón sólo lentamente, a lo largo del siglo XIX, fue admitiéndose en las universidades la enseñanza de la ciencia, primeramente impartida al margen de aquéllas; y es recién al terminar el siglo que no se duda ya de la importancia fundamental de la ciencia en la vida universitaria (cf. ASHBY, E.: "Technology and the Academics". London, 1953).

Es en el siglo XIX, pues, que se plantea un conflicto entre la antigua enseñanza dicha de "humanidades", y una nueva enseñanza tendiente al fomento de la ciencia. Aquélla pretendía dar una formación espiritual general, que procuraba cultivo de lo propiamente humano de cada uno; ésta quería formar especialistas, cuya eficiencia era mayor cuanto más especialistas eran. Aquélla acusaba a ésta de formar técnicos sin sentido de lo humano, y sin contacto con una larga y hermosa tradición espiritual multisecular; ésta acusaba a aquélla de ser inútil, de no adaptarse a las exigencias del mundo moderno, de no servir para la transformación y el progreso, de consistir no más que en palabras vanas dichas a propósito de vanas palabras; es más: que no tenía sentido hablar de "culto" respecto de quien ignoraba los nuevos conocimientos. Pero la enseñanza "humanista" insistía a su vez en que no tenía sentido considerar "culto" a quien, encerrado en el campo estrecho de su especialidad y

Biblioteca de la Universidad de Tubinga (s. XVIII).




Universidad de Berlín en 1810.

alejado de una visión suficientemente universal del hombre, se mantenía al margen de lo que había sido el fundamento histórico de la cultura europea —a la que, tal como lo habían hecho los antiguos griegos respecto de sí mismos, se solía tener sin más como *la* cultura—.

Las variantes de esa situación durante el curso del siglo XX pueden resumirse con relativa facilidad. Por una parte, los avances en los conocimientos técnicos fueron de tal índole, y permitieron en tal grado intervenir exitosamente en la modificación y aprovechamiento del medio natural, que fue de hecho imposible negar la necesidad de una enseñanza típicamente "superior" —es decir de nivel universitario— en los mismos, en particular porque esos avances dejaron de provenir de los técnicos de oficio, para derivar de los conocimientos científicos; por otra, porque en este campo se hizo igualmente patente que los progresos más teóricos o más puros en las ciencias terminaban por producir los efectos más radicales y más espectaculares en las ciencias aplicadas. De modo que la enseñanza dedicada a la formación de gentes capacitadas para la investigación creadora se convirtió en aspecto imprescindible de una situación cultural actualizada; mucho más cuando esa importancia primaria otorgada a la capacidad de crear nuevos conocimientos repercutía de manera decisiva en el desarrollo económico y en el poderío militar de las naciones que a ella atendían. La práctica de la ciencia como investigación dejó entonces de ser cosa individual, hazaña ligada a vocaciones extrañas, para convertirse en necesidad social organizada colectivamente y planificada. Por otra parte, las antiguas "humanidades", tendientes a una formación espiritual que no respondía ya de una manera adecuada a los problemas de la sociedad actual, fueron dejando su lugar a la investigación científicamente realizada de los comportamientos individuales o colectivos humanos, presentes o pasados, y de los resultados de esos comportamientos; fueron sustituidas, en su práctica y en su sentido, por el desarrollo de las llamadas *ciencias humanas*, sin perjuicio de que, en un lugar aparte y con un prestigio aparte, quedase el estar al tanto de lo que ocurría en las artes y en las letras. Desde luego, esto no significaba que en una enseñanza básica se prescindiese de una relación eficaz con la tradición cultural de que se advenía. Pero hay una conclusión que se impone: que la idea misma de "hombre culto" es función de un contexto histórico-social determinado; es decir, que depende de una situación cultural objetiva. Esto nos conduce a examinar la idea de "cultura" con independencia de su relación con una forma de ser que logra realizarse en la subjetividad de un individuo.

EL CONCEPTO OBJETIVO DE CULTURA

La cultura europea tuvo desde sus orígenes griegos —como ya lo hemos podido apreciar— conciencia de las diferencias de sus instituciones, sus

costumbres, su idea del hombre y sus modos de valorar diversos estilos de vida, con aquellas formas que caracterizaban la vida de otros pueblos a quienes conocieron por las necesidades del comercio y de la guerra. Las tradiciones y costumbres griegas representaban la verdadera *cultura,* el modo de formación humana más digno y adecuado, la expresión más valedera de lo que el hombre es y puede ser. Más aun: lo griego no puede ser sobrepasado, porque expresa *la* forma humana de vida, plenamente realizada y de donde fluye su valor de universalidad. Es en este sentido que debe interpretarse la fórmula del retórico Isócrates (s. V-IV a. C.): "Llamo griego a quien tiene la paideia griega". Estamos ya en presencia de una aproximación a la idea objetiva, y no individual, de cultura. Ya mencionamos cómo se gesta después un clasicismo greco-latino; y no obstante la influencia creciente del Oriente, la tradición letrada greco-latina se mantendrá como *la* cultura, que, con las limitaciones e innovaciones que le impone el cristianismo, subsistirá como ideal, primero oscurecido pero después resplandeciente en la nueva Europa germano-latina. El contacto con la cultura árabe y el tardío acercamiento a Bizancio sirvieron fundamentalmente para recuperar textos clásicos perdidos; pero el mundo situado más allá de las fronteras de la cristiandad permaneció lejano e incomprendido, sin que se tuviese cabal idea de imperios más extensos y poderosos que Europa, que en progresos técnicos y en capacidad militar la superaban. No bastó el fracaso de las cruzadas, no se comprendió el peligro que representaba la invasión mongólica, que se diluyó por causas ajenas a la misma Europa; con incredulidad se recibieron los relatos de Marco Polo. Europa siguió considerándose el centro del mundo, incluso el centro cultural. Es lógico que esa convicción se haya acentuado cuando, desde el Renacimiento en adelante, se produce su expansión, la conquista de regiones desconocidas, la transformación interior que le asegura una clara y creciente supremacía técnica, ligada a la absorción de los recursos de otros pueblos a través de la creación de imperios coloniales primero y de las primeras formas neocoloniales después. Las otras formaciones culturales con las cuales ese proceso progresivamente se encuentra (en América, en el África, en el Lejano Oriente) se conocen sólo lentamente, a través de relatos de viajeros y de misioneros, por lo general sin sentido crítico, que no comprendían con justeza lo que veían ni lo valorizaban debidamente; son mundos extraños y *bárbaros,* ajenos a los valores *ideales* de la cultura europea (aunque se oculte, o no se quiera ver que Europa engrandeció su poder y su riqueza a expensas de su infracción a aquellos valores; por ejemplo, se ensalzaba el valor de la persona humana, pero no se la respetaba en ciertas clases sociales, ni menos en las colonias).

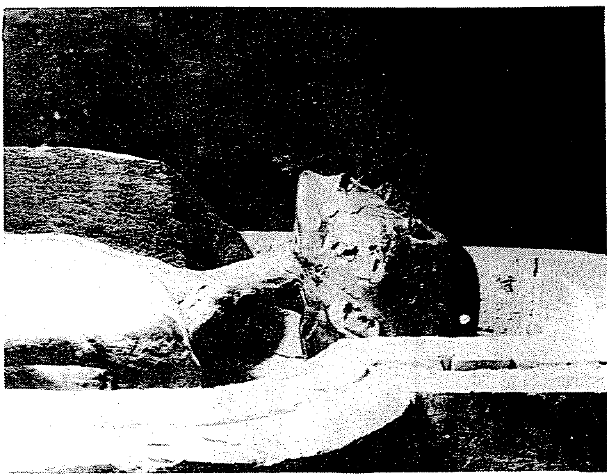


Foto: A. M. Persichetti.

Expresión objetiva de una cultura antigua. Momia egipcia. (Museo de Historia Natural.)

En esas condiciones, cuando en el siglo pasado tienen lugar los primeros esfuerzos de intención para comprender el origen del hombre y el significado histórico de otras formaciones culturales, un primer esquema evolucionista rápidamente se impone: a partir de un primer estado derivado del orden animal, el hombre ha evolucionado según etapas culturales que en parte pueden conocerse a través de algunos pueblos todavía atrasados o primitivos: en general, toda otra formación cultural es expresiva de una etapa hacia el modelo final representado por Europa: con el progreso todos habrán de ser como los europeos. La tarea científica consistía pues en la determinación y descripción de esas etapas y de su dinamismo, el conocimiento de sus diversas estructuras y de las leyes de sus cambios.

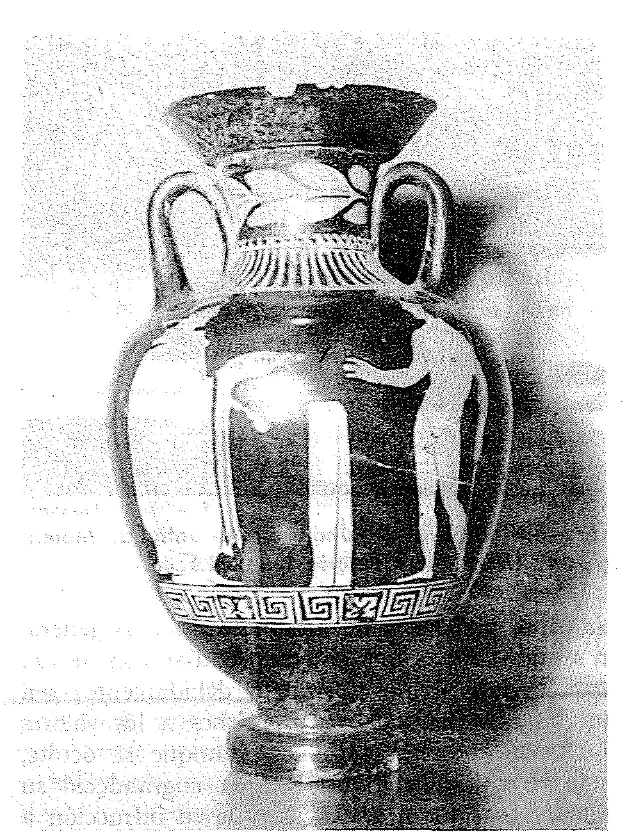


Foto: A. M. Persichetti.

Vaso griego, de colección original en el Museo de Historia Nacional.

Importa ahora señalar la profunda modificación que tiene que producirse entonces en el concepto de cultura. Por una parte se advierte que la diferencia individual entre el culto y el inculto se produce en *culturas* diferenciadas y letradas; por otra, se hace patente que, tanto en uno como en otro caso, el hombre es partícipe de formaciones culturales objetivamente determinables, de las que a la vez es efecto, portador y agente; finalmente (y tardíamente) se advierte la dificultad que existe para comprender y comparar culturas distintas, salvo desde cierto preciso ángulo (el desarrollo de técnicas para el dominio de la naturaleza exterior, por ejemplo: las técnicas para el dominio interior, como las que se encuentran en el Oriente, no son conocidas por la cultura occidental). De un extremo se pasará al otro: las culturas son independientes, y deben estudiarse sin juzgarlas, así como el biólogo describe especies distintas sin emitir juicios estimativos, tal como lo requiere el método científico. En *una* cultura hay que tener en cuenta lo que para ella es positivo y lo que para ella es negativo, y debemos abstenernos de distinguir sus valores según nuestra escala —europea o europeizada—. Obviamente, lo dicho vale para nuestra propia situación cultural, en la cual por lo tanto deben quedar comprendidas, a los efectos de una descripción objetiva, las formas de conocimiento y las de superstición, las de producción y consumo de expresiones estéticas de buen o de mal gusto, las diferencias de niveles de educación, los tipos de

trabajo, la estratificación social, las normas que rigen aparente o realmente el régimen de convivencia, las formas de delincuencia, los vicios, los modos marginados de vida, las carencias e insuficiencias colectivas; todo ello según lo que en nuestro propio medio cultural se clasifica como valioso o no valioso.

Es común mencionar, como primera definición objetiva de cultura ligada con la investigación empírica, la dada por Taylor en 1871: "aquella totalidad compleja que incluye conocimiento, creencia, arte, moral, ley, costumbre, y todas las demás capacidades y hábitos que el hombre adquiere como miembro de la sociedad". Queda fuera de los límites y de las posibilidades de este trabajo formular un examen crítico ajustado de esa definición y de las más complejas que, en el mismo sentido objetivo, se han propuesto ulteriormente. Debemos limitarnos a señalar que, a nuestro juicio, los aspectos que importan respecto de esa noción objetiva son: 1) *formas* instituidas o posibilitadas de comportamiento humano (políticas, económicas, de trato social, etc.); 2) referentes a objetividades que a su vez son significativas por y para el comportamiento humano (un cetro, una bandera, un instrumento, etc.); 3) que tienden a constituir un *sistema* funcional comunitario, en parte coherente y en parte contradictorio (pues, por ejemplo, en el orden de las instituciones reconocidas hay complementación parcial y conflictualidad parcial); 4) el cual consta de un núcleo de relaciones necesarias, pero conserva un margen para presencias contingentes (así, hay cambios en las modas que no cambian la estructura del sistema); 5) ese sistema se genera y modifica en un medio histórico-social; 6) sus contenidos (ideas, técnicas, costumbres) son aprendidos o aprendibles, trasmitidos o trasmisibles por enseñanza; 7) su conjunto constituye una "herencia cultural", no derivable de formas de "herencia biológica"; 8) finalmente, ese conjunto es susceptible de innovaciones y cambios.



Foto: A. M. Persichetti.

Expresión objetiva de una cultura extraña. Armadura feudal japonesa. (Museo de Historia Natural.)

CULTURA, SOCIEDAD Y NACION

En toda sociedad *humana* se está en presencia de una formación cultural. Pero en una misma sociedad, como unidad política, pueden coexistir formaciones culturales muy diferentes, tanto por incluir sociedades parciales diferentes, o por com-



Foto: A. M. Persichetti.

Ídolo precolombino de la costa del Pacífico (colección particular).

prender regiones muy distintas, o grados diversos de desarrollo, o antecedentes tradicionales localistas de origen diverso y no fusionados, o estar bajo la influencia de otras formaciones culturales. Una sociedad estratificada comporta diferentes modos de vida; no obstante éstas guardan entre sí relaciones de condicionamiento que las hace partes de un único sistema cultural; por ejemplo, es distinto el medio cultural urbano y el rural, pero ambos fundan entre sí relaciones unificantes, en tanto funcionan como partes de un mismo sistema. Lo mismo puede decirse de sociedades políticamente independientes, pero que son culturalmente dependientes de una tradición común, o que están bajo una dependencia cultural común. También se da el caso de sociedades distintas y no sometidas a relaciones de subordinación que presentan un grado tal de semejanza que nos permite referirlas a un mismo tipo básico de formación cultural.

Dificultades similares se presentan al relacionar las nociones de "cultura" y "nación". Toda nación es expresión de una cultura; tanto que la misma idea de "nación" es resultado de una formación cultural. Pero una nación puede contener dentro de su ámbito sistemas culturales distintos, y grupos que pueden caracterizarse como sociedades diferenciadas. Por otra parte, las peculiaridades locales que una formación cultural presente en una nación no excluyen que, en su estructura fundamental, ésta se integre en un área cultural. Por ésta habremos de entender un conjunto de formaciones culturales que, no obstante diferencias que puedan ser considerables, presentan en sus tradiciones, sus costumbres, sus instituciones, sus ideas y creencias, un conjunto suficientemente considerable de coincidencias básicas. Tampoco excluye lo dicho que una nación, y la formación cultural que se presenta en ella, integre un *dominio cultural;* o sea que forme parte de un conjunto cultu-

ralmente relacionado de sociedades o de naciones entre las cuales se dan relaciones jerarquizadas de dominación y dependencia, de suerte que las peculiaridades locales guardan conexión con el lugar jerarquizado que le corresponde en tal dominio; así una nación puede ser jurídicamente independiente, y culturalmente dependiente. Finalmente, por *sistema cultural* habremos de entender el funcionamiento correlacionado de sectores diferenciados que integran un dominio cultural. De lo dicho se desprende que este dominio puede ser nacional o internacional: en una formación cultural nacional existen relaciones jerarquizadas de dominación y dependencia cultural (como entre sectores urbanos y rurales, por ejemplo; o entre distintos sectores sociales urbanos); pero esa misma formación cultural nacional puede, como tal, estar culturalmente en situación de dependencia dentro de un dominio cultural internacional. Dentro de una misma área cultural pueden darse, por razón de diferenciaciones y peculiaridades nacionales, distintos dominios culturales: así, dentro del área cultural europea, se generaron dominios culturales distintos en la expansión colonial de diversas naciones. Pero también hay que aclarar que las relaciones de dependencia política o militar no involucran necesariamente la dependencia cultural: han existido sujeciones coloniales que no han impedido el mantenimiento de formaciones culturales propias dentro de los pueblos sometidos.

Todas estas rápidas consideraciones tienden a este fin: mostrar la imposibilidad de mantenerse en el terreno de la "asepsia estimativa", tan cara a ciertos antropólogos. El hecho de las relaciones entre formaciones culturales distintas y de las relaciones de dominación y dependencia culturales *exige* pasar al plano de lo comparativo y estimativo. Que hoy se hable constantemente de naciones desarrolladas, semidesarrolladas o subdesarrolladas, evidencia que las consideraciones de valor no pueden dejarse a un lado. Por esto mismo la continuación del tema requiere que pasemos al examen de los criterios que han de fundamentar tales juicios de valor.


EL NACIONAL

PARTE OFICIAL.

Primera página del periódico "El Nacional", con el texto del himno patrio. 18 de julio de 1845.

LOS CRITERIOS ESTIMATIVOS DE UNA SITUACION CULTURAL

Si leyendo artículos periodísticos, discursos políticos, notas de crítica artística, planes de enseñanza, o escuchando conversaciones cotidianas sobre viejas y nuevas costumbres, canciones y bailes de moda, ideas sociales controvertidas, procuramos poner atención sobre los fundamentos de las expresiones estimativas que se advierten, nos encontramos con la presencia primaria de dos planos, diferentes pero conectados, de interrogantes: 1) si aquello que se enjuicia se califica de esta u otra manera, supuesta la validez de cierto criterio estimativo; 2) si es válido o no este criterio estimativo mismo. Se discute, por ejemplo, si unas prácticas deben permitirse o prohibirse, cuál es el límite de intervención de lo social en lo privado, qué ha de entenderse por buenas o malas costumbres; si ciertas clases de acciones representan tendencias contrarias a nuestra tradición, o si nuestra tradición debe tomarse como guía; si son ajenas a nuestro modo nacional de ser, o si vale la pena que éste sea como es; si constituyen un peligro para nuestra sociedad, o si nuestra sociedad debe transformarse; si tal obra es superficial o profunda, pornográfica o de arte, o qué valor hay que atribuir a estos calificativos. Entre uno y otro de esos planos se introduce en realidad un tercero, por lo común menos advertido, que es el de la determinación adecuada del criterio de que se habla: pues ¿qué debe entenderse por "nuestra sociedad", o por "nuestro modo de ser", o "nuestra tradición", o por "profundo" o por "artístico", por "libertad legítima" o "vida ilegítima"? Muchas veces la comunicación en la invocación verbal oculta divergencia en lo que se tiene por su significado.

La primera clase de los planos expuestos está siempre referida a un caso concreto, y por lo mismo no ha de ocuparnos. Nos interesa en cambio el problema de los criterios que se utilizan, la determinación de su contenido y el fundamento de su aplicabilidad. La experiencia cotidiana nos ofrece

cierta cantidad de esos criterios culturales de tipo global, más o menos comunes, tanto de signos que se suponen de valor positivo como los de valor negativo: lo natural, lo propio de nuestra idiosincrasia, lo extraño a nuestro temperamento y a nuestro carácter, lo tradicional, lo que no es "nuestro", lo foráneo. De una u otra manera, otras formas de juzgar se vinculan con las anteriores. Sea, por ejemplo, el tema de la violencia: a veces se dice que *la* violencia, o *tal* violencia, es contraria a la tradición; o que es condenable por responder a "ideas foráneas"; o que es aprobable en tanto necesaria para defender nuestras "instituciones tradicionales". Y lo mismo podría trasladarse, sin dificultad, a consideraciones sobre la estructura social, el régimen político, un nuevo ritmo musical, una nueva moda en el vestir, nuevas maneras de juzgar sobre los comportamientos sexuales. Se hace claro que lo que ahora nos importa como manifestación de una situación cultural y de sus problemas es proceder a un análisis de la pertinencia de estos criterios comunes básicos.

Desde luego, los criterios mencionados no son, ni mucho menos, los únicos. "Destino nacional", "destino manifiesto", "curso de la historia", "leyes de la evolución social", "los valores de la civilización occidental y cristiana", "preservación del orden social", "salvaguarda de los grandes valores morales", "creación de un nuevo orden que permite un hombre nuevo" son —entre otras— expresiones más o menos vagas de los aun más vagos ideales de "justicia", "progreso", "bien común", "felicidad colectiva", etc.

Los criterios expuestos se aglutinan naturalmente en grupos. Por razones de espacio tanto como por la difusión de su uso, nos atendremos al examen de algunos; la técnica de determinación y crítica que apliquemos en ellos se podrá extender sin dificultad a los otros casos.

A) LA NATURALEZA Y LO NATURAL

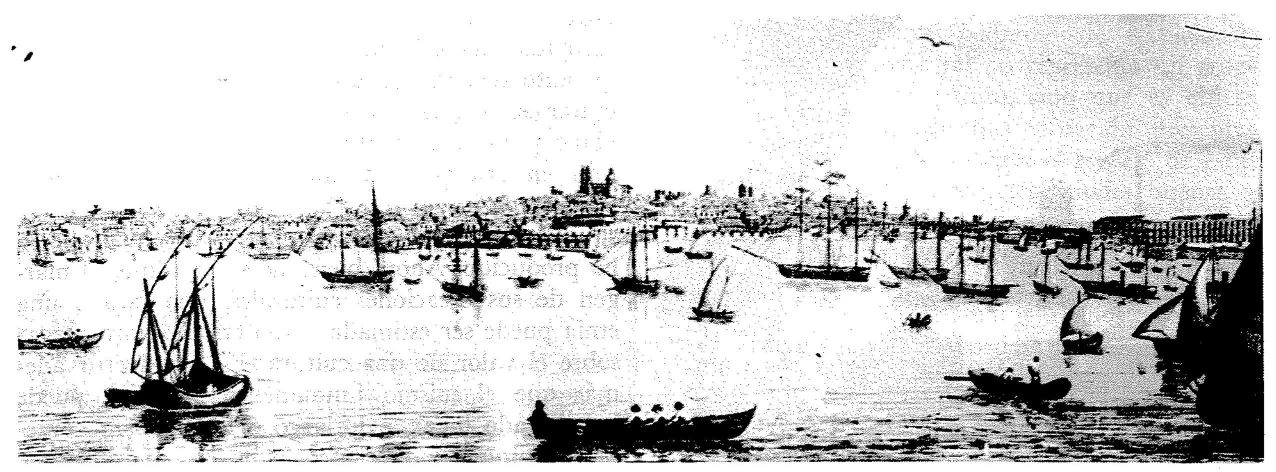
Desde muy antiguo se ha recurrido al concepto de "naturaleza" como criterio estimativo, en particular con el fin de fundamentar normas racionales referentes al enjuiciamiento estimativo de la conducta individual. Es claro que en ese uso dicho concepto estaba destinado al fracaso. Si por "naturaleza" se entiende el conjunto de los fenómenos que acontecen, esto significa simplemente que tales fenómenos *son,* y nada nos aclara sobre si *valen* o no de esta o aquella manera. Si se limita el significado y se entiende por "naturaleza" el conjunto de los fenómenos exteriores que tienen lugar con independencia de la modificaciones racionales o simplemente volitivas que sobrevienen por causa de las acciones humanas, ningún sentido puede tener como criterio estimativo de la cultura, pues lo más característico de toda cultura es su modo de operar selectivamente sobre lo natural. Las reglas de conducta, la cocción de alimentos, la fabricación de utensilios, la construcción de casas, de armas, de puentes, de balsas, tanto como los sistemas de parentesco o las jerarquizaciones sociales, son en esta acepción antinaturales, aunque procedan utilizando a la naturaleza contra ella misma, y aunque los principios de su manera de actuar se hayan originado en la propia naturaleza, en tanto la especie "hombre", como clase especial entre los primates, es el fruto de la evolución de la vida según el ritmo de los ciclos naturales. Si por "naturaleza" se entiende el modo de ser que es propio del hombre, a diferencia de otras especies, la experiencia muestra una variedad infinita, no sólo por las diferencias individuales entre distintos seres humanos, sino además porque entre todo hombre realizado como tal y lo que meramente es, se interpone siempre un medio cultural característico; y si, dejando de lado la experiencia, se quieren determinar principios racionales comunes a todo tiempo y lugar, se

llega a enunciados tan formales que ningún contenido concreto tienen, y por lo mismo no resuelven ningún problema determinado de un tiempo y de un lugar; pues ¿qué valor tiene preconizar como norma una "conducta racional" en abstracto, como propia de una "naturaleza humana en general", cuando no hay vida humana, ni sociedad humana, que no esté temporal y especialmente situada? Toda fórmula universal es vacía, o de nada sirve para conducir la acción, y en rigor carece de significado. Y si por "naturaleza" se entiende alguna forma de entidad oculta pero determinante de lo que aparece, o que da normas para juzgar de lo que aparece, cabe decir que no se ha encontrado ningún medio demostrativo aceptado de llegar a ella, ni de mostrar que importa estimativamente, ni más ni menos que si tratásemos con los dioses del Olimpo.

En lo que se refiere a la manera de apreciar el valor de una forma cultural, o una situación cultural, el problema se traslada de lo individual a lo colectivo, y en ese desplazamiento de nada nos sirve una "naturaleza universal" propia de la especie, ni el atenernos a la mera comprobación de los infinitamente variados casos individuales. Si de "naturaleza" quiere hablarse, ésta habrá de ser, en este caso, de alguna manera, una "naturaleza colectiva", algún modo arquetípico de ser, que, o bien sea el fundamento, o bien sea la consecuencia de una forma cultural, y que sirva para explicarla, o sirva para juzgarla. Fácilmente se hablará entonces de pueblos de naturaleza distinta, y no sólo de culturas distintas. Pero, ¿se tratará acaso de una distinta "naturaleza biológica"? Como ésta no puede ser la genéricamente humana, ya que por ella no se podrían explicar caracteres diferenciados, se hace necesario recurrir a especificaciones dentro de dicho género, y en tal sentido se habla de razas, de mezcla de razas, o de características étnicas de un pueblo. Podemos aquí prescindir de las dificultades que los especialistas encuentran en la determinación y clasificación de las razas, o en la descripción precisa de distintas "etnias", puesto que lo que nos interesa es la realización que pueda existir entre esos fundamentos biológicos y una forma cultural. Ahora bien: esa relación no admite ninguna afirmación verdaderamente inteligible que pueda tenerse por válida para los planos más sustanciales del tema. Desde luego, se pueden relacionar los rasgos físicos con manifestaciones culturales que intentan reproducirlos o esquematizarlos: por lo general, los ídolos y las esculturas figurativas reproducen rasgos físicos del pueblo a que pertenecen, pero ninguna característica biológica nos permite extraer conclusiones acerca de si los miembros de una colectividad de tal tipo físico eran monoteístas o politeístas o ateos. Carece de sentido buscar conexiones entre la estructura genética, o los grupos sanguíneos, o el color de la piel o del cabello, y la existencia de una comunidad de un régimen parlamentario, el estilo Tudor, la música polifónica, el desarrollo de las matemáticas, el sistema de paren-

Alfarería indígena.





Vista del puerto de Montevideo en 1856.

tesco, las formas de cortesía, el uso del arado o las prácticas culinarias.

B) LA IDIOSINCRASIA Y LA AUTOCTONIA

En otras ocasiones se restringe el alcance del fundamento biológico a las tendencias psicológicas que más generalmente se dan en un pueblo; y entonces se habla de su "temperamento" su "carácter", su "idiosincrasia". Pero una cosa es que utilicemos estos conceptos para *describir* lo que es un pueblo en una situación cultural dada, otra que los usemos para *explicar* esa situación, y otra para tomarlo como *criterios de valor*. Lo primero es pertinente en un cierto margen limitado, dadas las numerosas excepciones individuales que siempre se encuentran; aun así, sólo permite generalizaciones en extremo vagas. Lo segundo nos retrotrae a lo antes dicho: no es posible ver qué enlace originario y pre-histórico de causalidad se da entre esas características y una situación cultural. Por otra parte, es un hecho histórico que un mismo pueblo pasa por formaciones culturales diferentes. Las numerosas excepciones a la caracterización general, y la variabilidad histórica de esas características, son contra argumentos fatales para toda explicación de ese tipo. La estructura socio-económica y las expresiones culturales de una nación no se explican por sus características psicológicas, sino que éstas se explican por aquéllas. Así, la reacciones afectivas entre padres e hijos no explican una organización familiar y un entorno socio-cultural, sino que son estos términos los que explican aquellas reacciones afectivas. Y si esto es así en planos tan elementales, con mayor razón no pueden explicarse por caracteres psíquicos primarios, sino por lo psíquico en su entorno socio-cultural, el gusto por el tango, las llamadas de carnaval, la música sinfónica, el canto de cámara.

Otra forma de aplicar derivadamente la idea de "naturaleza" es recurrir al concepto de lo autóctono. En su sentido propio, autóctono se dice de lo que es originario de la región en que se encuentra. Suele aplicarse a la fauna y flora de un país;



Foto: A. M. Persichetti.

La parrillada, difusión urbana de usos campesinos.

en este sentido, su alcance no es otro que el de designar una condición de orden natural, que en ningún caso puede, de por sí misma, conducir a un juicio de valor. Un animal, una planta, no poseen más o menos valor porque sean autóctonos; ¡bueno fuera dedicarse a fomentar plagas autóctonas, y exterminar ovinos y bovinos que no lo son! Cierto es que, en una situación cultural, puede surgir un interés especial por el conocimiento de lo autóctono, y por salvaguardar lo que de ello importe; pero entonces esto es una consecuencia de un orden vigente de valores, y la autoctonía como tal no puede ser el fundamento de éste.

Trasladado al caso de las personas, el concepto ofrece todavía otras dificultades. En su acepción estricta, sólo podría comprender la o las etnias asentadas desde largo tiempo en una región, y por lo tanto debería excluir de él a los aportes inmigratorios. Mas entonces volvemos a situarnos en un plano puramente natural, ajeno al valor. Convertido en criterio cultural estimativo, conduce al absurdo de juzgar que una cultura es buena no por su contenido sino por la raza o la etnia que la ha producido. Ahora bien: no se ve cómo, al margen de sus creaciones culturales, una raza o una etnia puede ser estimada como criterio para juzgar sobre el valor de una cultura. Es de advertir además que el mismo fundamento biológico puede haber dado lugar, a lo largo del tiempo, a contenidos culturales diferentes, y no es admisible que por razón de su igual fundamento biológico se tenga por igual su valor. Y si se quiere juzgar el valor de una etnia autóctona por sus productos culturales, es evidente que entonces el criterio no está en lo autóctono como tal, sino en lo cultural. Por otra parte, no es posible ignorar el hecho de que personas de origen étnico diferente, muy tempranamente incorporadas a una cultura, resultan expresiones tan verdaderas de ésta como las nacidas en el mismo medio. Llevado al plano cultural, el criterio de la autoctonía no sólo ignora las migraciones de pueblos, las superposiciones de poblaciones y culturas, la evolución y la difusión de las pautas culturales, sino que conduce a evidentes absurdos: porque antiguas instituciones autóctonas hayan practicado sacrificios humanos, no vamos a reivindicar esas costumbres, ni vamos a dejar de usar aviones porque no sean creaciones autóctonas. Es claro que, dentro de lo autóctono, puede distinguirse entre lo que en la actualidad tiene sentido y lo que no lo tiene; pero es igualmente claro que la distinción entre ambos casos no puede fundamentarse en el mero carácter de lo autóctono como tal.

Críticas semejantes a las precedentes reducen a la nada el valor que, como criterios estimativos de una forma cultural, pueden tener conceptos como los de "nativo", "folklórico", "popular". Una forma cultural no es valiosa ni disvaliosa, ni significativa ni sin sentido, porque le sea o no adecuado uno de estos términos; de lo bueno y de lo malo hay en cualquiera de ellos.

C) LA TRADICION

Otro criterio es el de la tradición, la cual comprende instituciones, doctrinas, costumbres, criterios estimativos, mitos, que se trasmiten a través de varias generaciones. Aquí estamos en presencia de un criterio propio y estrictamente cultural. Toda nación, por joven que sea, en tanto presupone un pasado, y aunque éste quede reducido al proceso de su génesis, integra su presente cultural con un conjunto variablemente poderoso de tradiciones. Pero la tradición como tal no representa un criterio cultural estimativo válido, sino que es objeto de juicio en función de una situación presente; pues ¿tiene o no sentido en ésta el respeto de estas o aquellas tradiciones? Hay tradiciones buenas y malas, válidas o inválidas, que dan fuerzas para una nueva gesta o que son restos de un estado social pasado, o de circunstancias históricas desaparecidas, y que son una rémora, o simple pintoresquismo más o menos carnavalesco. No tendría sentido reclamar, en nombre de la tradición, el retorno a los tiempos de la estancia cimarrona. No se es más o menos nacional por entretenerse en sociedades nativistas. Tomar la tradición como criterio conduciría a negar la fundamentalísima importancia del cambio cultural. De regirnos por ella no habríamos salido de la edad de piedra: aunque, si la tradición no existiese, tampoco habríamos sa-

Yerra: trabajo, rito y fiesta tradicional. Foto. H. Añón.



lido de esa etapa ni, tal vez, de la animalidad. Sin tradiciones no hay herencia cultural, sin herencia cultural no hay cultura; pero a la vez sin cultura no hay tradiciones, tanto como sin cultura no hay innovaciones que alteren el orden tradicional, pues la cultura no es *mera* herencia. Mas entonces la tradición no es criterio en sí misma: de la situación actual depende lo que de la tradición importe, y lo que importe la tradición como tradición. La ruptura con la tradición puede ser necesaria, tan necesaria como a veces puede serlo su respeto. Continuidad y ruptura son por igual fenómenos culturales y su valor varía con las circunstancias.

De una manera u otra, tras los criterios expuestos y sometidos a crítica está presente la idea de "lo propio" o "lo nuestro". Ahora bien: "lo nuestro", considerado en cuanto a su estricto significado, es ajeno al valor: tanto puede ser de signo positivo como de signo negativo. Si se hace culto de la fidelidad a sí mismo que en "lo nuestro" se expresa, se deja de lado que, en cuanto realidad cultural, y por lo tanto existente en lo histórico, lo nuestro es cambiante, ha cambiado, y puede requerirse su cambio. "Lo nuestro" no puede erigirse en un modo de ser metaempírico, en esencia oculta, en realidad metafísica. En ese defecto, que conduce a mitos injustificables, han caído prácticamente todos los intentos de definir un modo propio o nacional de ser, fundamento de lo que es y de lo que ha de ser, concepto explicativo y a la vez criterio rector. Sin embargo, en este erróneo camino hay algo para retener, que a la vez puede servir para determinar lo que hay de rescatable en otros criterios. En la pista de ello —que sólo podrá ponerse en claro junto al concepto de nación— puede ponernos el análisis somero de un concepto que en el caso corriente le es contrapuesto, y que se presenta como criterio negativo de valor, en un grado semejante a como *lo nuestro* o *lo propio* se dan como positivos: nos referimos a "lo foráneo".

En su sentido estricto, foráneo significa simplemente proveniente de afuera, o sea extranjero. Pero, tomado tal cual, nada significa —como los anteriores— en cuanto a su signo estimativo. No todo lo "proveniente de fuera" es negativo, ni mucho menos: la historia del fenómeno de la difusión cultural está llena de ejemplos de realidades de origen extranjero que se incorporan de manera positivamente valiosa a un complexo cultural. Lo que importa es cómo y por qué se inserta, y qué sentido tiene esa inserción; cómo, por qué y para qué "funciona" en un complexo cultural. Si se incorpora como elemento creador, o si es corrosivo, o sea: si es extranjerizante, en el sentido de servir a intereses extranjeros incompatibles con el desarrollo de una nacionalidad. Todo esto nos muestra el absurdo de condenar ideas por ser foráneas: las ideas son verdaderas o falsas, adecuadas o inadecuadas, funcionales o no, y ello no se sabe por el origen que tengan, sino por sus consecuencias. Lo mismo vale para instituciones, costumbres, sentimientos. En cambio, bien puede haber —y los hay— sentimientos, costumbres, instituciones e ideas que, estando desde largo tiempo atrás incorporados a la vida nacional hasta el punto que parecen propios de ella, son en realidad foráneos, en tanto ejercen una función extranjerizante, y sirven al mantenimiento de un estatuto semicolonial que pone a la nación al servicio de otros intereses que los de ella misma, o los del complexo cultural que en ella se desenvuelve.

D) EL CURSO DE LA HISTORIA

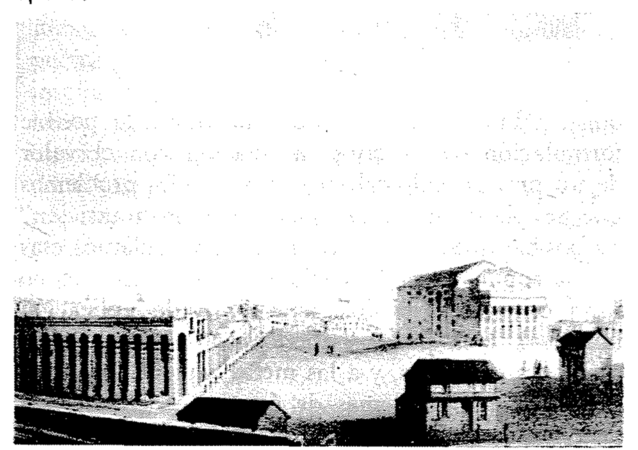
Es otro criterio —que engloba a varias expresiones concretas, algunas de las cuales enunciamos al presentar el tema de este capítulo— que perte-

LARGIFLUI LOGICALIS
SCIENTIÆ RIVI,
EX SUBTILIS
MARIANIQUE DOCTORIS JOANNIS
DUNS SCOTI PROMANANTES,
QUOS NATURALI LABI PONDERE PERUPTAT AD PEDES
CLARISSIMI DOMINI DOMINI FRANCISCI ORTEGA, ET MONROY,
Peditatum Murciæ Legionis Ducis in Generali Comendatione Causionum pro
littoribus Argentini fluminis Delegati Dominus Salvator Ximenez,
die mensis vespere hora
sub auspiciis Reverendi Patris Fratris Mariani Chambo, Philosophiæ Didascalo.

Encabezamiento de la Tabla de cuestiones filosóficas para un acto público, de fray Mariano Chambo, primer profesor de Filosofía en el Uruguay (1787).

nece al orden de los propiamente culturales. Pero para que pueda aplicarse como criterio es preciso suponer que la historia tiene un sentido definido, y está por lo tanto sometida a una forma de legalidad semejante a la que rige un curso "natural". En tal caso, es evidente que se refiere a un proceso de secuencias que pertenecen al orden de lo que es, y que por lo tanto no puede trasladarse sin más al campo de los criterios de valor. Conformarse con algo que acontezca porque lo acontecido está de acuerdo con el curso de las cosas, no será entonces cosa diferente del conformarse con lo que sobreviene a consecuencia de una enfermedad, porque ésta haya seguido su curso natural, ni conformarse con haber caído de un séptimo piso, porque la caída se produjo conforme a la ley de la gravedad. Por otra parte el criterio deja sin determinación el lapso a considerar, si se aplica a breve o a largo plazo, y cómo se relacionan éstos; deja también sin determinar cómo ha de apreciarse cada etapa de un proceso histórico, por cuanto no puede admitirse que una etapa valga más por el mero hecho de ser cronológicamente posterior. Nada se nos dice, con respecto al valor de lo ocurrido, por medio de una explicación que muestre cómo, según el curso de la historia, se produjo la conquista de América, y este hecho se convirtió, también según el curso natural de las cosas, en uno de los medios de acumulación de capital que hicieron posible el desarrollo tecnológico europeo, ni nada se nos dice acerca del modo de valorar, con explicarnos que ha sido conforme al curso natural de la historia que los pueblos latinoamericanos hayan caído después de su independencia política, en un estado de dependencia semicolonial, y viesen impedidas las posibilidades de un desarrollo con sentido autonómico. Finalmente, si ha sido una característica saliente de la cultura engendrar medios posibles para modificar el curso de la naturaleza, hoy por hoy, con el desarrollo creciente de las ciencias humanas, resultan cada vez mayores las posibilidades de operar, a través de los controles tecnológicos, los medios masivos de comunicación y los datos socioeconómicos que se acumulan respecto de cada región, de modo tal de interferir en el curso de la historia, y regularlo, por lo menos parcialmente, en el sentido que deseen los centros dominantes de

Pasiva, Templo Inglés, Teatro Solís. Grabado de época.





Las inmóviles formas del pasado. Museo Histórico.

poder. El criterio como tal no vale pues de por sí, y el curso histórico, y las tentativas de operar sobre él requieren ser juzgados según otro tipo de criterios, que no pueden residir en el mero ser del curso mismo.

E) CONCLUSIONES

Todos los criterios expuestos han sido sometidos a un examen crítico que les quita validez; y de manera semejante podríamos proceder respecto de otros. ¿Habrá entonces que renunciar a la posible formulación de criterios en relación con el valor de un proceso cultural en curso, y a los problemas que se plantean en las sociedades en transición? Es posible que no, por lo menos si vinculamos esas tareas con la idea de nación; y, por más que no haya criterios de valor genérico o de aplicación universal, bien puede haberlos con relación a situaciones concretas, y a las metas a proponerse que surjan de los problemas de éstas. Esta posibilidad será contemplada en la parte final de este trabajo.

CARACTERISTICAS DE LA SITUACION CULTURAL NACIONAL PRESENTE

LAS DIFICULTADES DESCRIPTIVAS Y APRECIATIVAS

La formación cultural que de hecho es vigente en nuestro país pertenece en su estructura fundamental al área cultural de origen europeo, sin perjuicio de la fisonomía localista que en algunos aspectos manifiesta por su situación geográfica, su inserción en una problemática regional subcontinental, su medio físico, sus antecedentes precolombinos, su origen colonial, la peculiaridad de sus sucesivas capas migratorias, su lugar periférico respecto de variados centros internacionales de poder, y su pequeñez en comparación con las grandes factorías vecinas que, por su magnitud, han llegado a creerse con privilegios rectores. Uruguay tiene una población que es, en todo el continente, la de mayor proporción de origen blanco; posee índices comparativos internacionales que en algunos aspectos le son relativamente favorables (en nivel medio de vida, grado de alfabetización, extensión de la enseñanza media, estado sanitario, equilibrio político, por ejemplo); padece en un grado serio, desde hace un tiempo, de un proceso de estancamiento o deterioro en esos mismos aspectos; está sometido a formas cada vez más explícitas y gravosas de satelización y neocolonialismo; su estado general es el de país semi-desarrollado; su perfil nacional está sometido a presiones cada vez mayores de carácter geopolítico que, con el apoyo de ya anticuadas condiciones internas de organización económica, social e institucional, lo empujan a una situación de retroceso. Su desarrollo como nación, aunque en la realidad fue más limitado de lo que se creía, permitió sin embargo que en otro tiempo alcanzase un prestigio cultural y político ya quebrantado. Hoy es claro que las poco fundadas opiniones, que en otro tiempo lo halagaron, de ser una pequeña Arcadia —así se

tratase del "paraíso de los locos"— no tienen validez; que no puede escapar de la convulsiva situación regional; que su destino no es independiente del de otras naciones que, en esta parte del globo, tienen también comprometido su futuro. Sus dificultades actuales hacen ver cuánto había de ficticio en su cuasi-extracontinentalidad, sin perjuicio de sus sólidos vínculos con el mundo mediterráneo y centro-europeo. Es en esa situación de crisis que debemos caracterizar y valorar su estatuto cultural, y mostrar cómo éste se ha vuelto problema para sí mismo. El conjunto de esas circunstancias hace más difícil la tarea, de por sí compleja, de mostrar los perfiles de un estado cultural que, no perteneciendo a un pasado concluso, es proceso en curso, cuya incompletez impide aprehenderlo con la claridad que es posible respecto de lo que ya es forma lograda.

Por otra parte, las dificultades para describir y juzgar se agravan por la falta de datos y la imposibilidad práctica actual de variadas investigaciones de campo; pero, también, por la insuficiente caracterización conceptual alcanzada por las ciencias sociales para la determinación de los datos a tenerse en cuenta, para su enjuiciamiento estimativo y para su comparación. De poco o de nada sirven los números —y aun pueden ser perjudiciales— si se refieren a grupos complejos de fenómenos cuyos componentes no se distinguen, ni cuyas formas de relación se establecen.

Algunos aspectos de un estado cultural tienen formas convencionales de medida: en lo referente al grado de *instrucción* de una colectividad, se establece el porcentaje de quienes poseen nivel primario, secundario o superior, tomando como criterio el último año de enseñanza que ha cursado. Pero la instrucción es sólo un aspecto de lo cultural. Sus efectos, y su funcionalidad, no se pueden apreciar por ese índice, al margen de las circunstancias del medio. Tampoco es válido sin más el criterio del porcentaje presupuestal, que nada dice de las relaciones concretas entre gastos y aprovechamiento, y que no siempre se corresponde con un nivel de rendimiento. Son además muchas las manifestaciones culturales de carácter no-curricular, o que se realizan con independencia de los niveles estadísticos de instrucción. Si lo que se crea es controlable, no lo es en igual forma lo que se consume. Ciertamente es posible juzgar la calidad de una prensa y el número de sus lectores, la calidad de un programa televisivo y el número de sus teleaudientes, el número de compradores de tales o cuales publicaciones y de estos o aquellos discos, de espectadores de deporte, de cine, de teatro, de conciertos. Pero no es igualmente fácil establecer los planos de incidencia, numerar el mero entretenimiento, la recepción pasiva, la recepción crítica, el interés aparente o manifiesto, la participación activa, la práctica sistemáticamente orientada. Faltan trabajos de muestreo que permitan conocer relaciones (o su falta) entre gustos estéticos y clase social, nivel económico, nivel educacional, actividad laboral; entre la atracción por una forma estética y otra (música y pintura, por ejemplo); entre esos gustos y la concurrencia a conferencias, museos, exposiciones, conciertos comunes, exhibiciones publicitadas de "monstruos sagrados", y la penetración de lo estético en la vida cotidiana. Algunas estadísticas de importancia existen, y de ellas algunas han sido publicadas en esta colección; otras en publicaciones especializadas; otras son secretas, pues permanecen en la órbita comercial de las investigaciones de mercado. De cualquier modo son todavía insuficientes, exigen un perfeccionamiento crítico difícil y constituyen materia para un trabajo de equipo a largo plazo. Semejante relevamiento, de evidente importancia, escapa a las posibilidades y a las intenciones de este volumen. A los efec-

tos de su tema, y sin perjuicio de que en su momento se consideren algunas cifras, el objetivo inmediato es de otra índole.

LOS CONDICIONAMIENTOS BASICOS DE LA CULTURA NACIONAL

Los condicionamientos básicos que constituyen las circunstancias con que ha de contar la cultura nacional para que su *realidad* adquiera sentido en función de una *idealidad* que la haga posible como verdad *nacional,* pueden dividirse en tres grandes rubros:

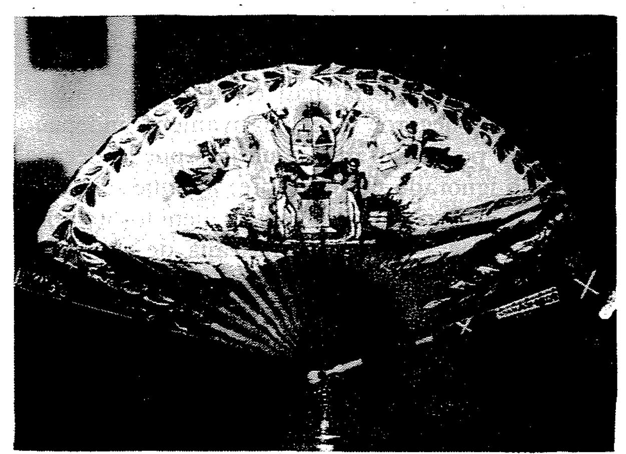
A) EL PROCESO HISTORICO-SOCIAL

En tanto una situación cultural acontece históricamente, su comprensión no es separable de sus antecedentes locales. Obviamente, el examen de éstos, tanto en sus detalles concretos como en sus líneas generales es tema del historiador, y por lo mismo están fuera de nuestra competencia. Las consideraciones que siguen no tienen otro propósito que el de conducirnos brevemente hacia la identificación de una categorización cultural actual y concreta.

Bien sabido es que, a diferencia de otros lugares de la hoy llamada América Latina, en nuestro territorio se vivía una edad cultural muy primaria cuando sobrevino la conquista hispánica. El aporte cultural de ésta, vertido en una zona limítrofe y disputada, de lenta, escasa y azarosa colonización, no podía ser sino rudimentario. Las circunstancias en que tuvo que desenvolverse la ciudad amurallada, las características de la vida campesina, las guerras y los trabajos, hicieron nacer formas autóctonas de tipos humanos, costumbres, sentimientos, diversiones. Ello en parte se reforzó, pero en parte se vio afectado, por la gesta emancipadora, los avances que en pequeños círculos hicieron las ideas de la Ilustración, los conflictos de ideas y de intereses, el ocaso del sello hispánico y el desplazamiento hacia la influencia anglo-francesa, con la consecuencia de que los moldes jurídicos que respondían a las necesidades de las sociedades entonces avanzadas se trasplantaron a un medio todavía inmaduro para recibirlas de una manera fecunda. Conviene recordar que no todos los constituyentes del año 30 sabían firmar, y que eran entonces muy pobres las bases de la instrucción.

La situación descripta nos dejaba, a pesar de la aparente independencia política y justamente con el mantenimiento de la dependencia económica, en estado de subordinación admirativa respecto de los centros extranjeros avanzados creadores de cultura, los cuales imponían a los grupos nacionales dirigentes tanto sus productos industriales como sus modas, sus pautas de conducta y sus sistemas de ideas. El crecimiento económico firme aunque bajo dependencia de intereses extranjeros, la extensión y el mejoramiento de la instrucción al servicio de las necesidades más elementales de la

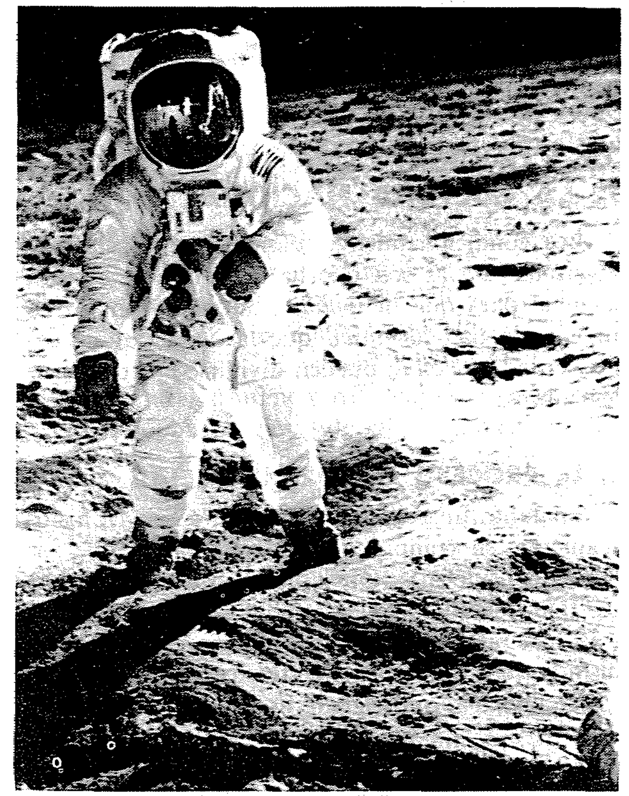
Abanico conmemorativo de la Jura de la Constitución



nueva situación social, el advenimiento de las corrientes inmigratorias que dan nueva fisonomía al país, el ascenso de las clases medias, un estatismo necesitado de tranquilos funcionarios, la consolidación político-institucional, la importancia de una clase profesional puesta al servicio de un medio económico-social que seguía siendo de caracteres provincianos, algunos triunfos deportivos que contribuyeron a los nacientes mitos de un modesto orgullo, representaron sin duda avances de importancia, pero no fueron utilizados para servir de fundamento a una proyección hacia metas valiosas, ni superaron en la medida en que hubiese sido posible las formas más gravosas de dependencia económica, insuficiencia técnica y marginalidad cultural. Si en algún momento asomaba la mala conciencia de una confusa situación de servidumbre, nuestras "buenas gentes" pronto se sentían conformes y reconfortadas por el juicio benevolente del extranjero que elogiaba nuestras condiciones para un futuro promisorio, como escolares satisfechos con una buena nota. Aun hoy —y se comprende, pues las condiciones han empeorado— nuestra prensa mayor destaca todo juicio de ese tipo, por más que ahora el hecho se parece más a la actitud del servidor a quien contenta el contento del amo. Por su origen y por su desarrollo nuestro sistema cultural es estructuralmente dependiente: se ha organizado y funciona para consumir cultura y no para crearla.

B) LA REPERCUSION DE LOS CAMBIOS DE LA REALIDAD CULTURAL DEL MUNDO CONTEMPORANEO

Cualquiera que sea el origen que se atribuya a la cultura, cualquiera la tesis que se sostenga hoy sobre líneas evolutivas, procesos divergentes o unificantes o tipos de interrelación, es un hecho que,



Los avances de la tecnología.

a lo largo de la historia, han existido formaciones culturales que llegaron a ser relativamente independientes. De poderosas macroculturas puede decirse que se han ignorado mutuamente; aunque sus márgenes fueran poco definidos, sus contenidos no operaban de manera sustancial más allá de ciertos límites. Del Oriente que contaba Marco Polo nada sabía la Europa de su tiempo; de igual modo se ignoraban Europa y las culturas indoamericanas. Pero en el mundo actual, los nuevos procedimientos de comunicación y los intereses económicos y estratégicos de los grandes centros de poder han

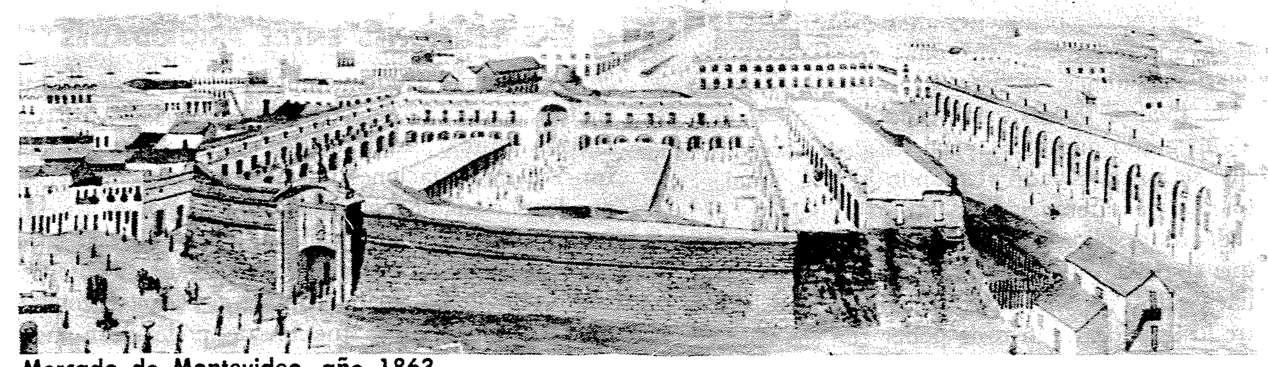
producido un sistema universal, unificado en cuanto sistema aunque dividido en sectores y cuyos elementos se condicionan mutuamente, cualquiera que sea su signo, de beneficio o de perjuicio, para éste o para aquél. No hay ya zonas cuasi-autárquicas o cuasi-autónomas, ni hay naciones no afectadas, pues incluso los centros de dominación tienen en algún grado que contar con los dominados; o sea, que se ha trasladado al mundo internacional el esquema de diferenciación por acumulación de excedentes y solidaridad por contraposición de clases que se encontraba (y se encuentra) en los mundos nacionales, dependiendo éstos de los conflictos entre los grandes centros de poder con sus respectivas zonas de influencia o de satelización. Ese proceso comenzó desde la revolución industrial y las subsiguientes formas de colonialismo encubierto. Pero, en el presente, una diferencia cualitativa de fundamental importancia se hace notoria: en las actuales relaciones internacionales de señorío y servidumbre (exactamente según la terminología hegeliana), el predominio económico-militar es inseparable del predominio científico-técnico.

Para las naciones subordinadas, lo dicho significa un círculo infernal de sometimiento creciente: 1) el progreso económico condiciona al progreso científico-técnico, pero a su vez éste condiciona a aquél; 2) sus progresos científico-técnicos son absorbidos por los centros dominantes, sin que la inversa sea posible salvo en la medida en que coincida con los intereses de éstos tal como ocurre con su progreso económico; 3) por la misma razón las otras zonas de un complexo cultural a las que a veces se restringe, según se sabe, el uso del término cultura, reciben el influjo del poderío creciente que las naciones dominantes obtienen a costa de las dominadas a través del contralor de su producción, de los medios de enseñanza y de difusión y de las posibilidades más previsibles de innovaciones técnicas importantes.

C) LAS TENSIONES ENTRE PRIORIDADES

Éstas han existido siempre en las sociedades humanas; existen en la vida individual; existen ya en la vida animal; en todos los casos se agudizan en función de situaciones de escasez. Existen hoy día en las sociedades opulentas, no sólo por el aumento de las necesidades sociales que se da en ellas, sino por la conflictualidad de la situación internacional en que se encuentran, y el carácter competitivo que tienen sus fuentes de poder, con independencia de la estructura política que posean. Existen, aunque de otra manera y por otros fundamentos, en las sociedades subdesarrolladas y semidesarrolladas, también en función de tensiones internas y de presiones geopolíticas.

La generalidad del problema no admite alguna fórmula general de solución. No existen prioridades en sí y por sí, sino en función de un contexto cultural y su circunstancia. Ya la formulación del problema lo presupone, pues no es posible sino en relación con objetivos valiosos que se muestran incompatibles. Hasta cierto punto, un contexto cultural presupone ya criterios de preferencia; pero la adecuación a las circunstancias hace variar la solución; por ejemplo, una misma sociedad, en un subsiguiente estado cultural, se ve obligada a soluciones distintas de las que estima normales, si se ve envuelta en una guerra. Pero, sin necesidad de tales extremos, el propio contexto cultural puede problematizar sobre sus criterios, en función de las metas que por su propio contenido se proyectan hacia un futuro y reobran sobre los intereses presentes, haciendo manifiestas las contraposiciones entre ellos. Tal problematicidad es particularmente seria en las sociedades en transición; y lo es más


Mercado de Montevideo, año 1863.

en el mundo actual, donde el cambio intencionado se ha convertido en sistema normal, y en proceso progresivamente acelerado. Es en el marco de esas características de la situación cultural genérica del presente, que se hace necesario referirse a nuestra particular situación nacional.

CONCEPTUACIONES Y JERARQUIZACIONES FUNDAMENTALES

Las tensiones prioritarias en razón de las circunstancias no impiden —mejor dicho, suponen— que exista un orden jerarquizado intracultural, el cual determina rangos de valor entre distintas y distantes actividades culturales. Esta gradación en los valores no es la misma que se da en el orden de las necesidades inmediatas. Lo mismo ocurre en la vida individual: que sea preciso alimentarse para estudiar, o para hacer deporte o política, no significa que valga más la actividad de comer que estas otras, salvo en la circunstancia de que sea preciso no practicarlas para comer o para lograr lo necesario para ello (y sin perjuicio también de que a veces aquellas otras actividades sean también medios de subsistencia.) Tal lo que sucede en una sociedad: si su estructura, su economía, sus instituciones, son expresiones de su situación cultural tanto como su prensa, sus espectáculos, sus deportes, sus ritos, sus gustos y maneras, sus formas y grados de saber, sus técnicas, sus expresiones estéticas, no todo se aprecia del mismo modo, y sobre todo se piensa o se cree que se debe apreciar según cierta jerarquía, aunque con ésta no coincidan las preferencias de este o aquel individuo. De esta manera se reintroduce en lo colectivo el concepto diferencial de "lo culto", por el que caracterizábamos el sentido subjetivo de cultura. Así, en el ámbito de lo objetivo surge una delimitación por la que, en sentido estricto, se habla de cultura como actividades socialmente posibles y eventualmente organizadas que tienen especial referencia a las ciencias, las artes y las letras. Es en relación con este sentido restringido que ahora habremos de caracterizar la situación nacional, sin perjuicio de tener siempre en cuenta el marco global en que se inscribe.

Pero, además de contar con esa restricción, tendremos que considerar las distintas formas y grados en que es posible la relación con esas actividades. Se puede actuar respecto de ellas en el plano de la creación, de la información, de la difusión; tener una formación para su ejercicio en cualquiera de esos planos, o para su mera recepción, para apreciar críticamente o gustar pasivamente o usarlas por entretenimiento; es posible padecer, a veces por presión del medio, formas de deformación respecto de lo que se considera que han de ser los modos valederos de relación. A los efectos de ordenar el texto distinguiremos entre las formas propiamente activas (o creadoras), y las formas de mediación y recepción de lo cultural en sentido estricto. Su conjunto nos permitirá caracterizar en su ser y en su valer la realidad cultural nacional, para pasar luego a su inserción en una problemática global.

FORMAS Y GRADOS DE CREATIVIDAD CULTURAL EN SENTIDO ESTRICTO

Conforme a la acepción restringida que se ha delimitado, la capacidad organizada de creación que ahora habremos de examinar se refiere a las ciencias, las artes y las letras. Hablamos de "capacidad organizada" porque no importa, para caracterizar la situación de un medio, catalogar los logros alcanzados por accidentes o por excepción, salvo en la medida en que permitan mostrar lo que pudo hacerse a pesar del medio y aun contra el medio, y pongan de manifiesto las fallas de éste. Por lo tanto, nuestro análisis será "funcional"; intentará mostrar cómo funcionan, y cómo habrían de funcionar las posibilidades de creación cultural en nuestro sistema social, y en las instituciones que tienen que ver con esos fines.

A) EN LAS CIENCIAS

En toda sociedad contemporánea las ciencias poseen una importancia fundamental. Vivimos en un mundo en que el curso de las cosas está cada vez más transformado por la aplicación de técnicas y en que cada vez más esas técnicas son el resultado de la actividad científica. El "hacer ciencia" es una tarea ineludible en una sociedad actual; y esa tarea tiene sus condiciones sociales, su corte social y sus efectos sociales; mucho más cuanto que en el presente tal "hacer ciencia" supone una actividad colectiva y organizada. El investigador solitario y cuasi-aislado, que practica la ciencia como pasión o manía individual, hace ya rato que es cosa del pasado. En otro lugar tendremos que ocuparnos de la importancia que la actividad científica concebida como función social tiene para que una sociedad se realice hoy como "nación"; en este punto nos limitaremos a describir la situación efectiva en nuestro medio. Para que sea posible comprender esa descripción es preciso decir dos palabras sobre la distinción entre ciencias puras (o básicas) y ciencias aplicadas. Estas últimas son conjuntos de conocimientos científicos organizados en torno a finalidades concretas de aplicaciones posibles.

"Hacer ciencia" es distinto de ejercitarla con fines prácticos concretos; pero puede ser tema u objetivo de tal "hacer" el crear los conocimientos necesarios para su posible aplicación. No otro es el sentido del "hacer ciencia" en las llamadas "ciencias aplicadas". Pero ocurre que el investigar en éstas es inseparable del conocimiento y de la investigación en las llamadas "ciencias puras o básicas". Para explicarlo de una manera elemental: curar un enfermo es aplicar ciencia; investigar cómo curar una enfermedad, es investigar en ciencia aplicada; a su vez esta investigación supone conocimientos ya logrados o a lograrse de física, de quí-

mica, de biología, etc. A su vez, el avance del conocimiento en estos campos puede necesitar como instrumento conocimientos de ciencias aplicadas, y resultados concretos de aplicaciones de las mismas: un nuevo tipo de microscopio puede ser el medio necesario de un nuevo conocimiento biológico. En realidad la ciencia es un todo orgánico, pues entre las ciencias básicas y las aplicadas las transiciones son continuas; y lo mismo cabe decir de la distinción entre ciencias de la naturaleza y ciencias humanas; a medida que éstas progresan importan más para aquéllas. Conocimientos socioculturales pueden ser fundamentales para comprender reacciones biológicas y transformaciones físicas del medio ambiente.

Aunque en los países más desarrollados de tipo capitalista se hacen inversiones muy altas en investigación pura en las grandes empresas, por lo que ella reditúa en el campo de las ciencias aplicadas y en los éxitos comerciales fundados en la competencia técnica, no cabe duda de que el lugar natural y propio de la práctica de la ciencia pura, por sí misma y como condicionante de la ciencia aplicada y sin perjuicio de los modos de reobrar de ésta sobre aquélla, está en la Universidad como institución. Cabe pues ahora preguntarse qué lugar ocupan las ciencias en nuestra Universidad.



Sello de la Universidad de la República.

UN POCO DE HISTORIA

Nuestra Universidad se fue formando por acumulación progresiva de Facultades profesionales. La finalidad fundamental de éstas, compartida en general con las pertenecientes al área cultural latinoamericana, ha sido producir egresados que por sus conocimientos sirviesen a las necesidades del medio a través del ejercicio de una de las profesiones liberales. Su estilo ha sido pues más técnico que científico. En esas aulas se trasmitían conocimientos, en su inmensa mayoría provenientes de otros lados, tendientes a lograr aplicaciones concretas. No eran, pues, centros en los que *se hacía ciencia,* sino en que la enseñaban, con el fin de aplicarla; por lo mismo, más trasmitían las ciencias técnicas que las ciencias básicas. Si aquello —el hacer ciencia— se producía, era como consecuencia incidental, como efecto de la reacción que la práctica ejerce sobre sus fundamentos. No obstante, sufrían la herencia de la idea de "cultura general", la que se buscaba lograr en los programas de estudios de algunas de ellas mediante la introducción de materias que ampliasen el horizonte cultural, o la información científica general. El resultado fue

el de recargar las carreras, demorar el egreso y crear una clase especial de profesionales tardíos, a veces con más conocimientos pero con menos práctica de la necesaria, y sin el nivel —o al menos el tipo de formación— que permite la creación científica efectiva, salvo aquella que está muy ligada a la práctica, pero que no puede introducir modificaciones de base en ésta.

Secuelas de esa organización han sido, además: el insuficiente rendimiento estudiantil, debido a varios factores, entre ellos los casos de los apartados de su vocación por las ciencias de base o por la imposibilidad práctica de dedicarse a éstas; la incompleta adecuación al medio por el carácter extranjero de las técnicas, el insuficiente rendimiento docente por la falta de condiciones necesarias para la creación, y una anticuada idea de la investigación científica, así como de la creación cultural en general. Examinemos algunos de esos aspectos.

A.— Como consecuencia inevitable de lo dicho el cuadro docente se seleccionó entre los profesionales, según su especialización a veces, otras según su vocación (como *hobby*); por supuesto, en muchos casos fueron dignísimos los profesionales que ejercieron dichos cargos, y señalaron rumbos ejemplares ya sea en su profesión, ya sea en su especialidad particular en cuanto ésta tenía atinencia con aquélla. Pero no es menos cierto que su actividad fundamental estaba centrada en su profesión, y era de ésta de donde extraía sus recursos y lo que determinaba su nivel social y económico, mas no de la práctica de una ciencia como tal ciencia. Es más: aunque, en muchos casos, para enseñar una asignatura destinada a la profesión, puede ser fundamental la experiencia del ejercicio profesional, lo cierto es que la actividad docente universitaria normalmente sirvió de lustre y prestigio para un profesional, fue por lo tanto una fuente motivadora de ingresos extrauniversitarios, y contribuyó por una parte a los bajos sueldos universitarios, por otra a la poca dedicación horaria, por otra a la poca atención del alumnado. Fue así normal en nuestra Universidad el docente superior, a gran distancia de la clase, que sólo podía dedicar pocos minutos fuera de ésta a los alumnos, sin auxiliares intermediarios, que dedicaba tres horas semanales a una disertación en la que exponía sus últimas lecturas especializadas, mechadas con algunas experiencias propias; pero no era un científico. Lo cual no significa ninguna disminución del profesional como profesional; simplemente se señala que "el hacer ciencia" no es lo que ejercía el profesional liberal dedicado a la docencia. Resulta de esto que la docencia estaba separada de la investigación; que no se daban las condiciones necesarias para una dedicación a ésta; que el docente trasmitía principalmente lo ajeno, y no estaba dedicado a la innovación, ni disponía de tiempo para hacerlo, ni podía económicamente consagrarse a ella, pues no bastaban sus horas semanales de actividad profesoral. Desde luego esto no impidió que en muchos casos el plano de información haya sido muy elevado, que distinguidos profesionales estuviesen prácticamente al día en su especialidad, y que nuestro medio haya estado altamente calificado para la aplicación de técnicas novedosas. De cualquier modo, los resultados fueron una plétora de profesionales, mala distribución de éstos por viejos prejuicios de prestigio social, carencia de científicos suficientes por falta de formación, por falta de instrumental, por falta de centros donde practicar la investigación como forma normal de trabajo; una Universidad, pues, básicamente *dependiente*, destinada a trasmitir ciencia y no a crearla, a consumir cultura científica, pero sin participar activamente en su proceso universal de renovación incesante. Una Universidad que producía médicos, abogados, ingenieros, contadores, odontó-

logos, arquitectos, veterinarios, agrónomos; pero que no producía matemáticos, astrónomos, físico-químicos, biólogos, geólogos o paleontólogos, antropólogos, sociólogos, historiadores, filólogos, economistas, filósofos; una Universidad que no era sino un conjunto de escuelas profesionales (que en muchos países no forman parte de la Universidad) y carecía del núcleo fundamental de producción científica sin la cual una Universidad no es tal. Resultado patente fue la distorsión y deformación que tuvo el título de *doctor*, aplicado a la mera conclusión de algunas carreras, y por lo tanto sin su significado universitario verdadero: el de consagrar la aptitud para la creación original en una especialidad científica.

Particularmente extravagante fue la situación en las llamadas ciencias de la cultura, o ciencias humanas, o ciencias sociales, que en algunos casos estaban presentes en los programas de secundaria y sólo por excepción, y con el carácter de vistosa extensión cultural, aparecían en programas universitarios. Quedaron a menudo confiadas a abogados o a ex estudiantes de abogacía —vocacionales que habían llegado a descubrir que lo que querían saber nada tenía que ver con esa profesión—, los que marchaban como podían como autodidactos aislados, no tenían dónde recurrir para superar sus carencias y permanecían entregados a curiosear entre los libros que llegaban a la plaza o encargaban al azar de algún catálogo. Por eso estimamos que no es exacto que el atraso de nuestro país respecto al cultivo de las ciencias exactas y naturales en tanto que básicas, haya dependido del predominio que algún momento tuviera el cultivo de las "humanidades", entendidas como ciencias básicas humanas. Éstas se cultivaron menos que aquéllas, pues no hubo en ningún plano, ni aun como consecuencia derivada del ejercicio de las profesiones liberales, formación sistemática que habilitase para

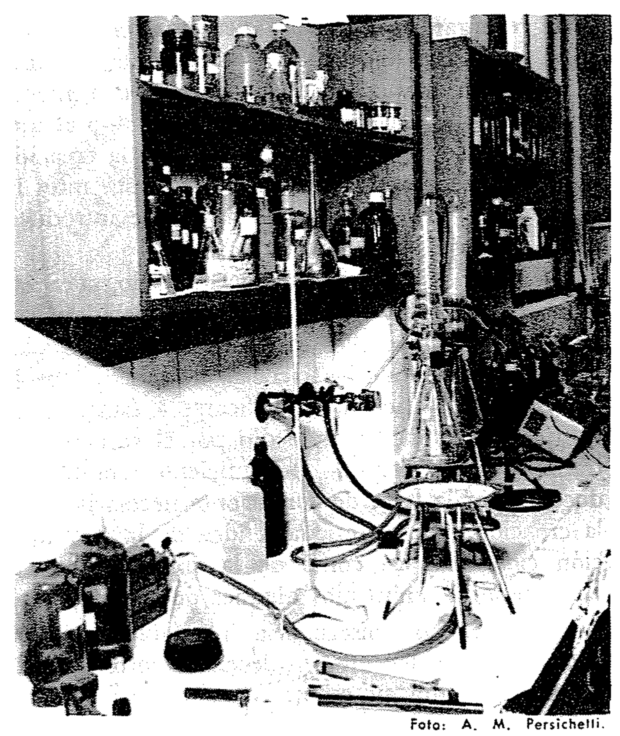


Foto: A. M. Persichetti.

Uno de los laboratorios de la Universidad.

su cultivo. No es cosa de confundir con el ejercicio de ellas el prestigio fundado que alcanzaron algunos poetas, ensayistas y músicos, cuyo hacer no era el propio de la ciencia, ni el prestigio no justificado que proporcionó el gusto por una retórica vacía. Y en los programas secundarios que habilitaban para la Universidad, las ciencias básicas matemáticas y naturales estaban mejor contempladas que las ciencias humanas, e incluso había en el medio mejor posibilidad de buena información para aquéllas que para éstas.

B. — Con esto se conecta una errada idea de la investigación. Se pensaba (y a veces por algunos todavía se piensa, cuando hace ya más de cin-

cuenta años que no se puede pensar así) que la investigación es cosa de excepción, propia de un raro talento, adecuada a gente extraña que a pesar de eso deben ser respetadas y honradas, y particularmente dignas cuanto más "desinteresadas" sean sus investigaciones. Algo así como una muestra solitaria, aislada, excepcional, del carácter racional de la especie; y lo mismo se pensaba (o se piensa) del creador solitario en otros campos, como el artista, o el pensador, que nada deben a nadie a no ser a la lectura de algún lejano maestro, a su propia capacidad, a su meritorio aislamiento, a su virtuosa prescindencia de los menesteres comunes, a su superioridad como espíritu, desdichadamente encarnado pero primo de los "espíritus puros". Su parentesco con los viejos primates parecía ser sólo el de primos de primos. De ahí el culto de la originalidad creadora por la sola fuerza de sus dotes, y cuyo fruto debe recoger admirado el común de la gente.

Los resultados de esa actitud fueron:

1) creer que no son necesarios fondos especiales para investigación.

2) creer que no se necesitan centros especializados dedicados a la investigación pura sino como lujo, como forma de prestigio, y para mostrar que también algunos de los nuestros pertenecen a la especie "homo sapiens".

3) creer que no se necesitan equipos organizados, ni función especializada, ni tiempo especialmente dedicado a la investigación, que sea económicamente evaluable y rentable, y de interés nacional.

4) creer que el investigador es un ser admirable pero marginado, que cuando mucho sirve para mostrarlo como "fenómeno" a los extranjeros.

5) creer que nuestro nivel cultural vale porque se dan algunos casos así de "fenómenos", aunque no sean tan fenomenales como en otros lados; pero que con el tiempo...

6) creer que es de admirar y envidiar la abundancia y calidad con que tales "fenómenos" se dan en otros lados, quién sabe por qué extrañas condiciones raciales o telúricas.

7) creer que puede bastar generalmente con unas becas para informarse debidamente acerca de ellos, dando por supuesto que lo demás vendrá por algo así como ósmosis intelectual.

8) que la prensa está siempre en pasmo frente a la genialidad extranjera, de la cual a veces informa como de cosa asombrosa, propia de otros lados.

C. — En las décadas del cuarenta y del cincuenta se abrieron algunos caminos para modificar la situación: uno, la maduración de la conciencia universitaria dentro de los cuadros ya existentes, se tradujo en algunas disposiciones de la ley orgánica de 1958, en la ordenanza de Dedicación Total y en intentos de reforma de la estructura universitaria; el otro fue la creación de la Facultad de Humanidades y Ciencias. Es necesario exponer esos hechos y juzgar sus resultados.

a) El prestigio y el mérito personal de investigadores aislados que permitieron la formación de grupos en su torno, de recursos y cargos, a veces por la repercusión de lo que se habla, a veces por relaciones personales y por vínculos con centros de poder, fue gestando islotes organizados de trabajo científico creador. El primer medio universitario donde se inició en nuestro país ese nuevo estilo fue la Facultad de Medicina. La importancia muy directa de la profesión, su gravitación social y personal por una parte; por otra, la necesidad de trabajos de laboratorio, de equipos auxiliares, de tener que contar con circunstancias propias del medio y el conocimiento de aspectos particulares de éste, y las consecuencias prácticas



Edificio de la Facultad de Ingeniería.

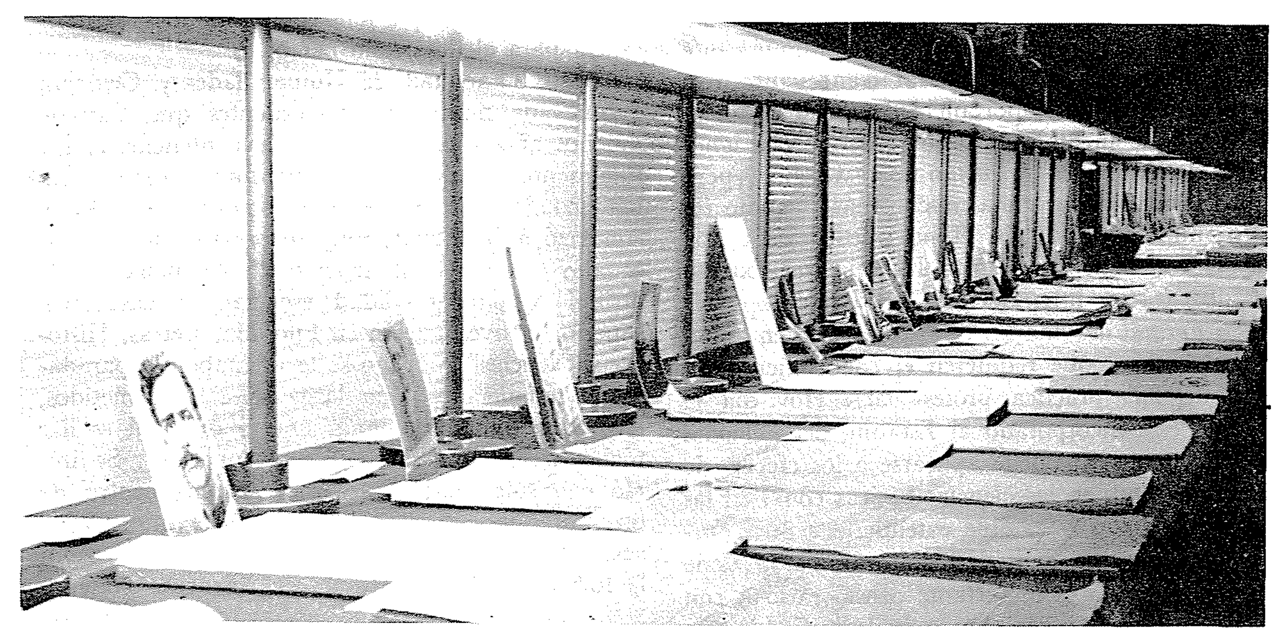
muy inmediatas de las innovaciones que ocurrían en las ciencias básicas, fueron despertando en ella la conciencia de la investigación como necesidad, de la formación y capacitación de grupos que, en tareas que se complementaban, exigían horas de permanencia en un local. Fue variando el horario y la organización del trabajo. No obstante la resistencia de quienes se atenían a su capacidad para la (por otra parte muy importante) práctica médica inmediata, y pensaban que no tenían por qué investigar otras cosas, la interconexión de los conocimientos y la consiguiente imposibilidad de cortar los vínculos entre las ciencias aplicadas y las ciencias básicas fueron gestando un nuevo camino. Una primera y difícil manifestación fue la de introducir en dicha Facultad la posibilidad del régimen de dedicación total ("full-time", o, con la terminología hispano-americana más difundida, de tiempo completo); con esto se admitía que pudiera haber docentes prescindentes del ejercicio profesional. Tiempo después, ya en la década del 50, dicho régimen se generalizó como ordenanza universitaria y empezó a extender sus frutos en la Facultad de Ingeniería; incluso se admitió que ciertos cargos pudieran declararse obligatoriamente de dedicación total. La ley orgánica de 1958 reconoció la posibilidad de docencia universitaria sin título profesional, pero la Universidad siguió sin crear carreras en ciencias básicas: sólo dispuso de rubros limitados para extender la dedicación total

e igualmente limitados para atender las necesidades del investigador. Además chocó constantemente con el medio (exterior e interior), en cuanto a la comprensión de la importancia de dicho régimen. El peso de la mentalidad profesionalista y la ignorancia de los más lo vio como un privilegio (¡pero el profesional bueno gana mucho más!), como un logro inútil (cuando sin él no puede existir hoy una Universidad acorde con las mínimas exigencias de carácter internacional, tanto que es el régimen *normal* de vida universitaria, salvo en aquellas asignaturas que requieren el conocimiento directo de una práctica profesional). Hoy día el régimen está incorporado al Estatuto del Personal Docente de 1968; puede aplicarse a los efectos de investigar tanto en las ciencias básicas como en las aplicadas, y aun es posible extenderlo a otras formas creadoras de actividad cultural. Nada tiene que ver —y esto es importante considerarlo— con lo que en la Administración, o en la actividad privada, o también en algunos otros centros de enseñanza que amenazan con ello, se designe de igual o parecida manera: no significa sólo un régimen horario, ni la sola dedicación al cargo, sino que impone como meta fundamental la tarea de investigar o de crear en un nivel superior y de contribuir a formar investigadores, aparte de que exige la comprobación reiterada de la capacidad para lograr esas metas. Por su origen y por la desconfianza inicial que motivó, se regula más severamente que en ninguna Universidad del mundo: establece un largo y severo trámite para la admisión del candidato, es a término, y mantiene formas severas de contralor para las reelecciones. El régimen ha comenzado ya a dar sus frutos, aunque por las dificultades de equipamiento y la baja remuneración se encuentre en situación comparativamente disminuida, en cuanto a sus posibilidades, respecto de países vecinos que han comprendido su importancia para el desarrollo nacional.

b) La Facultad de Humanidades y Ciencias, después de numerosos antecedentes que durante muchos años quedaron en buenas intenciones, fue finalmente creada, con ese nombre a todas luces inadecuado, por ley del 3 de octubre de 1945, y comenzó a funcionar, muy precariamente dotada, al año siguiente. El artículo 2º de dicha ley le atribuía "como finalidad esencial, la enseñanza superior e investigación en Filosofía, Letras, Historia y Ciencias", y luego se le asignaban, separadamente enunciados, una larga serie de cometidos, cuyo denominador común era lo que allí se llamaba, insistentemente, "cultura superior". Se inició con sólo cuatro cátedras, y como centro de estudios libres. Lentamente creció el número de sus cursos y se organizaron estudios sistemáticos en la forma de licenciaturas en ciencias básicas, y por ende de carácter no profesional, salvo el caso de la licenciatura de Psicología.

Es lógico esperar que esos estudios orgánicos, tanto como los propiamente libres, sobre formas fundamentales del saber, se acrecienten en un futuro próximo.





Una fecundidad insospechada y hoy incrementada.

La Facultad tuvo que luchar con muy grandes dificultades. Una de ellas fue la completa incomprensión del carácter de Facultad Central que debía corresponderle, por más que, desde luego, ese papel no lo pudiera cumplir desde el principio, dada la extrema modestia de sus comienzos. En parte, esa incomprensión fue debida a la confusión, tan lamentable como injustificada, entre nociones tan diferentes como las de investigación superior, investigación desinteresada, cultura superior, y cultura general. Algunos creyeron que su función era algo así como impartir una enseñanza general de lo que llegó a llamarse cultura superior; otros, enseñanza superior de cultura general; otros, que era un centro para investigaciones etéreas de espíritus puros; otros, que impartía enseñanzas que, por desinteresadas, para nada servían. Muy pocos vieron que su sentido era la enseñanza y la investigación en nivel universitario de ciencias básicas. Algunos, que así lo entendieron, la consideraron competitiva con lo que, en ciencias básicas, se hacía ya en sus propias Facultades, y reaccionaron inamistosamente, con espíritu particularista que a su vez fue correspondido por la propia Facultad. Para colmo de males, la dirección inicial de la organización de ésta fue en extremo desdichada, por la vetusta idea que se tenía de la investigación, y de la estructura de una Universidad moderna, por quienes durante un buen tiempo la dirigieron. Todo ello tuvo estas consecuencias: un constante retaceo de recursos, con lo que se imposibilitaba su desarrollo; por mucho tiempo fue la menos dotada de todas las Facultades; con lo poco que se le otorgaba, se multiplicaron las cátedras de baja

dedicación horaria, y se dejaron de lado las imprescindibles creaciones de grados docentes intermedios de valor formativo. Un proceso relativamente rápido de autocrítica permitió rectificar esos rumbos; su estructura se corrige a pasos acelerados, la amplitud y el nivel de sus producciones originales ha sobrepasado ampliamente al de muchas otras Facultades no obstante ser la más joven de ellas, se ha multiplicado en alto grado la dedicación horaria y la creación de grados docentes intermedios, ha dado lugar creciente al régimen de dedicación total. Al cumplirse su vigésimo aniversario pudo hacer una exposición de producción científica original de varios centenares de trabajos, de la que en general no se tenía la menor idea; hoy, al borde de sus veinticinco años, se ha más que duplicado. El aumento de su eficiencia y de su prestigio nos hace pensar que en la actualidad se encamina hacia su verdadero sentido: el de ser una Facultad central dedicada al estudio de las ciencias básicas naturales y humanas.

Es frecuente reprochar a nuestra Universidad el arcaísmo de su estructura, pero no se le dan los medios para su reforma. En momentos de escribir estas líneas (setiembre de 1970) la deuda del gobierno con la Universidad asciende a 2.300 millones de pesos. En 1963, que señaló el momento de mayor atención a las necesidades presupuestales de la Universidad, ésta pudo impulsar diversas líneas de reforma que quedaron truncas.

Desdichadamente, y por imperiosas razones de espacio, han de quedar fuera de este trabajo algunas consideraciones sobre la situación científica nacional extra-universitaria. Limitémonos a señalar que por ahora no ha podido cumplir ninguna labor eficaz, por conflictos internos y externos, y por una absoluta carencia de recursos, la Comisión

PERSONAL CON DEDICACIÓN TOTAL PARA INVESTIGACIÓN EN LA UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

	1968	1970
Facultad de Agronomía	8	10
" " Arquitectura	4	3
" " Ciencias Económicas	3	4
" " Derecho y C. Sociales	—	—
" " Humanidades y Ciencias	19	25
" " Ingeniería	17	16
" " Medicina	46	36
" " Odontología	3	3
" " Química	14	13
" " Veterinaria	—	—

NOTA: Se computan solamente las Facultades; no se computan los docentes con el régimen especial de "dedicación exclusiva", los profesores extranjeros contratados, ni el personal no docente con "dedicación exclusiva". (Informe de Oificinas Centrales) Antes de 1960 no había docentes con dedicación total en la Facultad de Humanidades y Ciencias.

FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS

1950 — Personal docente de grado 5, titular, interino o contratado 48

Ayudante de clase 2

(En su mayoría, eran cargos de tres horas semanales.)

	Cargos	Horas docentes
1970*— Grado 5 (Profesor titular)	73	643
" 4	—	—
" 3 (adjuntos)	27	298
" 2 (asistentes)	40	864
" 1 (ayudantes)	54	657
	194	2.462

* Estas cifras sufrieron, en su aprobación final, muy pequeñas modificaciones.

Nacional de Investigación Científica, creada por ley del año 1969, cuyas similares han sido, en otros países, de muy positivo valor para el desarrollo nacional.

B) LAS ARTES Y LAS LETRAS

Tal como corresponde a la ubicación de este subtítulo, nos ocuparemos ahora de este tema exclusivamente desde el punto de vista de las realidades y posibilidades estrictamente creativas, y fundamentalmente respecto de lo que, en la jerarquización intracultural no sólo nacional sino también del área cultural a la que pertenecemos, se tiene por "formas superiores".

Entre las distintas clases de manifestaciones estéticas de ese carácter (literatura, música, pintura, escultura, arquitectura, en algunos casos las artes decorativas) no cabe una jerarquización de principio, sino en el caso concreto, habida cuenta de su valor propiamente estético: no es posible comparar entre música y pintura como tales, por ejemplo, sino que cabe la buena música y la mala pintura, y viceversa. Y si la comparación de principio es viable entre distintos géneros de una expresión artística, queda sometida siempre al grado concreto de valor estético alcanzado: es posible pensar que vale más una buena novela que una buena poesía, pero esa relación comparativa cede cuando se trata de una mala novela y una buena poesía. En definitiva, toda apreciación del valor estético —cuyos criterios no nos corresponde discutir— es individuada o concreta. En la medida en que una formación cultural se caracteriza por el predominio de cierta forma, o por ciertos estilos, cabe un apreciación global, fundada siempre en ejemplos individuales, aunque numéricamente éstos se integren en un conjunto.

Una expresión estética está económicamente condicionada en cuanto a las posibilidades de su realización: costo de sus materiales, costo de tiempo de su realización, costo de los elementos auxiliares necesarios, costo de la formación del creador; a veces está económicamente condicionada por sus destinatarios; en todo caso, está socialmente condicionada por su entorno sociocultural, que determina o delimita y aun reglamenta sus posibilidades en cuanto a los medios materiales, a los límites permitidos de marginalidad ideológica, o su choque con otros valores convencionalmente vigentes en un medio. Una obra arquitectónica presupone recursos económicos elevados y también la sumisión a reglamentos; obras escultóricas o pictóricas pueden afectar sentimientos generalizados; lugares hay en que pesa mucho la censura cinematográfica, en que se ha prohibido una ópera, o en que se prohíben por contrarios a las buenas costumbres modos actuales de ritmos musicales. Pero las prohibiciones provenientes de la mayor o menor estrictez de una ideología oficial o de las limitaciones de la opinión común no son las únicas: un buen escritor puede no encontrar editor, un buen músico no tener público, un buen cineasta no encontrar financiación para sus realizaciones posibles.

Estas consideraciones tienen por fin señalar cuáles son las limitaciones más importantes en nuestro medio respecto de la actividad estética creadora: imposibilidad económica de la obra, por falta de asistencia oficial o de receptividad del medio, o por falta de una red organizada de contactos internacionales; e imposibilidad para el autor de dedicarse a sus obras como medio normal de vida. En cuanto a las posibilidades formativas, sólo se dan institucionalmente en algunos aspectos, como en definitiva es lógico en este tipo de actividad.



Feria Nacional de Libros y Grabados.

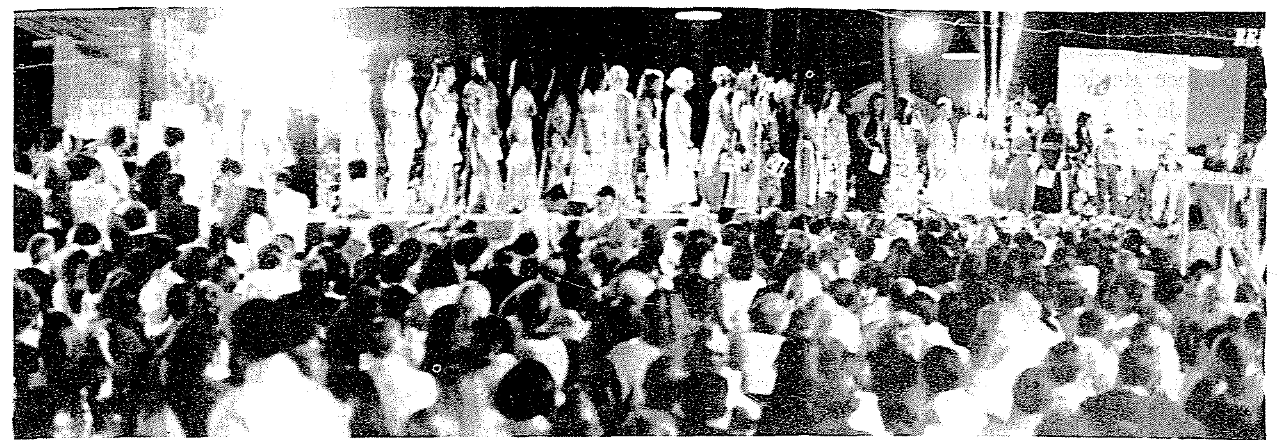
Tales condicionamientos socioeconómicos no son sino uno de los problemas graves que afectan a la producción estética nacional de carácter más jerarquizado. Pero hay otros que tienen que ver con el contexto global de la situación cultural, aunque a veces, por más que sean comunes con la creación cultural estética como tal, tienen un cierto colorido local nacional.

Uno de ellos es la contraposición entre *lo singular* y *lo universal*. En primer lugar cabe preguntarse qué hay que entender, en relación con el problema que nos ocupa, por tales términos.

Por lo "universal" habremos de entender temas, o problemas en que ellos se ejemplifican, o formas de expresión referentes a una u otra cosa, que se refieren a la condición humana como tal, y que por lo tanto son, en su contenido, válidos o de interés sin conexión específica con un tiempo y lugar. Lo humano como tal se da dondequiera exista una sociedad humana, en África o en Asia, en la Grecia y Roma antiguas como en la Edad Media de la Europa cristiana, en la América Latina o en los Estados Unidos de Norte América, en las actuales nacionalidades europeas como en Oceanía. Por eso mismo hay obras que poseen un valor universal. Pero ni el tema, ni el problema, ni la forma de expresión ni las eventuales actitudes que se expongan o se sugieran pueden expresarse, en el orden de lo estético, en una forma que esté escindida de un contexto histórico-cultural determinado. Justo en relación con éste habremos de entender lo "particular". Pero es aquí que una dificultad surge: ¿qué delimitaciones *particularizan lo particular?* ¿El área cultural en sus contenidos, en sus tradiciones, en sus proyecciones posibles, en sus problemas referentes a cada uno de sus aspectos? ¿La problemática de la sub-área regional? ¿El peculiarismo local?

En cuanto a lo que, en el marco de lo que sea económicamente viable, han de ser los medios de una intención y una voluntad estética que se canalizan en una forma, no puede dejarse de lado el carácter, el estilo, y la especie de los medios expresivos del área cultural y del tiempo a que se pertenece, así sea la música electrónica, la literatura de ciencia-ficción, la escultura no-naturalista. No somos "nacionales" por dedicarnos a la guitarra o a la poesía gauchesca, ni por intentos de pintoresquismo localista o cultivar un costumbrismo anecdótico; sí lo somos por partir de lo que en el presente es problema no-accesorio, sea por su contenido temático o por las dificultades técnicas de una realización de valor actual. El culto del pasado como pasado y bajo formas pasadas de realización no puede constituir el asentamiento de una creación cultural valedera; tampoco lo típico o lo popular actual como tales, puesto que no tienen valor por sí, sino en cuanto expresiones parciales de lo que es la genérica situación nacional en que se integran: un cuento puede localizarse en un "pueblo de ratas" o en el apartamento de un balneario de lujo, sin que por eso funcione o deje de funcionar como cuento, y sin que por una u otra cosa sea más o menos nacional.

Lo que como descripción de las condiciones de realización importa ahora, es lo siguiente: el aislamiento numérico del artista, el aislamiento en que está respecto del contexto cultural general como consecuencia del aislamiento del país, el aislamiento respecto de su público por la presión extranjerizante a que está sometido éste (salvo el caso de cierta literatura de "compromiso" en que un autor cree comprometerse por recurrir a formas convencionales de protesta, y a quien sigue un público de adictos no por su valor estético, sino porque protesta según esas convenciones). El pequeño círculo, la falta de reconocimiento y las dificultades para hacerse oír son secuelas inevitables de un estado cultural inmaduro, aunque sea culturalmente maduro el creador. Sigue siendo cierto que, en su proceso de gestación, la cultura nacional necesita engendrar abuelos, mientras que en otras partes basta con ser nietos. No se escapa a esa situación en el cenáculo o la peña en que cada uno elogia al otro, ni por la evasión hacia el exterior, que si puede permitir que alguno se realice como individuo, no permite que se realice como valor nacional. Todo sin perjuicio de que además sea difícil la integración en un medio social en crisis, pues es preciso hacerse en lo que se deshace. Por eso no hay otra fórmula



Desfile en nuestro templo al Vacío, también parte de la cultura nacional.

concreta de conducirse que tomarse en serio la "tarea"; lo demás vendrá después y por añadidura.

Quede sentado sin embargo que, al igual que en otros campos, nuestro país tiene en lo estético figuras de valor francamente positivo, de una talla que no disminuye (aunque la disimule) la pequeñez general ambiente. En un contexto geopolítico de provincia marginada, no tiene otras posibilidades inmediatas que la lucha y la espera. Y olvidemos piadosamente a los que, para creerse o parecer importantes, se encaminan, al igual que algunos científicos, por las formas aparentes de éxito que proporciona el camino de las "relaciones públicas".

LAS FORMAS DE MEDIACION Y RECEPCION DE "LO CULTURAL"

Las formas de mediación y recepción de lo cultural en sentido estricto se definen como aquellos modos y grados que permiten su trasmisión y su asimilación. Desde el momento en que nuestra producción cultural se integra en un área cultural, no es sólo lo nacional cultural en sentido estricto lo que se trasmite y asimila, sino también y sobre todo lo que, en la intrajerarquización del área, se tiene por culturalmente válido. Desde el momento en que esa área es también un dominio cultural, de suerte que en ella se establecen, tanto en lo cultural básico como en lo cultural estricto, relaciones de dominación y servidumbre, y que en ese ámbito nuestro país ocupa un lugar de semidesarrollo, es sobre todo lo proveniente de las regiones dominantes en el área lo que en él se valora, se trasmite y se asimila, sin perjuicio de ciertas resistencias del medio, fundadas en sus sentimientos nacionales y sus características locales, por lo general insuficientes (piénsese en Papá Noel, por ejemplo). La sobrevaloración de lo extranjero y la subvaloración de lo nacional definen su estilo, sin perjuicio de las protestas que traducen su estado de incertidumbre y desconcierto.

Conviene tener presente que el predominio de lo extranjerizante no cesó nunca, desde nuestros orígenes. Lo que vino después no es sino su consecuencia lógica; las rupturas de hoy se limitan a ex-

presar, en un grado de tensión que antes no se advertía, el conflicto latente entre un impulso cultural que crece desde dentro hacia dentro del país, y lo que de él y su hacer se pretende desde afuera. Por eso nuestra "ideología oficial" funciona en los hechos como un super-yo inhibidor impuesto por una sociedad internacional en la que tenemos el rango de dominados.

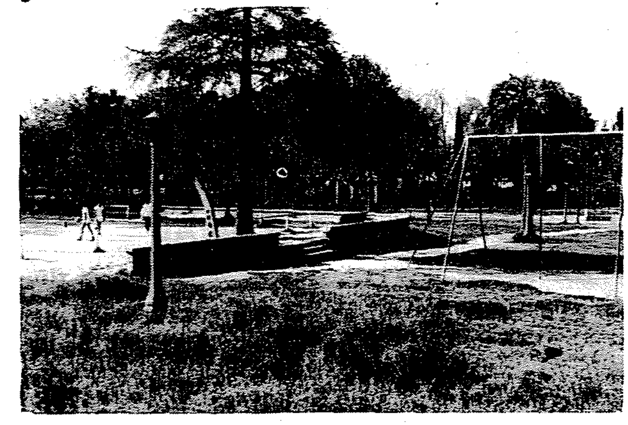
LA ENSEÑANZA INSTITUCIONALIZADA

Una primera manera de trasmisión se manifiesta en las formas institucionalizadas de docencia y aprendizaje que definen las características de un modo y nivel de instrucción. Es preciso en este campo tener en cuenta que la instrucción sirve para lograr fines, y éstos reobran sobre ella. No sólo importa cuánto y cómo se enseña, sino qué y para qué se enseña. Es positivamente cierto que la instrucción puede ser un instrumento de liberación, pero también lo es que puede ser un instrumento de sometimiento: justamente por esto todo poder político extranjerizante tiende a mirar con desconfianza los movimientos que, en vista de posibles metas nacionales, se producen en los centros de enseñanza. Por eso los índices numéricos de instrucción no son de por sí señales de encaminamiento hacia una formación cultural relativamente autónoma, por lo menos en el sentido de que ésta ponga en sí misma su propia meta; pueden señalar pautas de sometimiento.

Ya hemos expuesto el carácter principalmente trasmisivo de la enseñanza superior (no sólo cuantitativamente, lo que es lógico, sino estructuralmente, lo que no lo es). Razones de más existen para que sean más meramente trasmisivas las formas de instrucción media. La estructura de su formación de docentes tiende a ello. El Instituto de Profesores Artigas está organizado, como nuestras anteriores Facultades, con docentes de baja dedicación horaria, cursos que suelen ser de tres horas semanales, sin contacto alguno con un nivel típicamente universitario y un efectivo trabajo de investigación. Lo mismo cabe decir de los Institutos Normales. aunque en ese caso el mal sea tal vez de menores consecuencias. Y aun en los centros docentes de otro orden, como en los de carácter estético, predomina el mismo estilo: informar, y formar para trasmitir; pero no formar en contacto directo con formas de creación cultural.

Hemos tenido y tenemos en la enseñanza media profesores que explican la historia de Grecia y de Roma sin saber una palabra de griego o de latín, sin tener por lo tanto posibilidad de acceso crítico a las fuentes; que explican a Dante sin saber italiano, a Cervantes sin saber nada de la evolución de la lengua, a poetas ingleses o alemanes a través de traducciones; o que por ser médicos dan biología, o por ser ingenieros o arquitectos dan matemáticas. Con lo que el alumno recibe la información de una ciencia ya hecha, expuesta en un manual a repetir en una clase ante la cual estaba alguien que, además del manual, había ingerido

¿Cultura física?

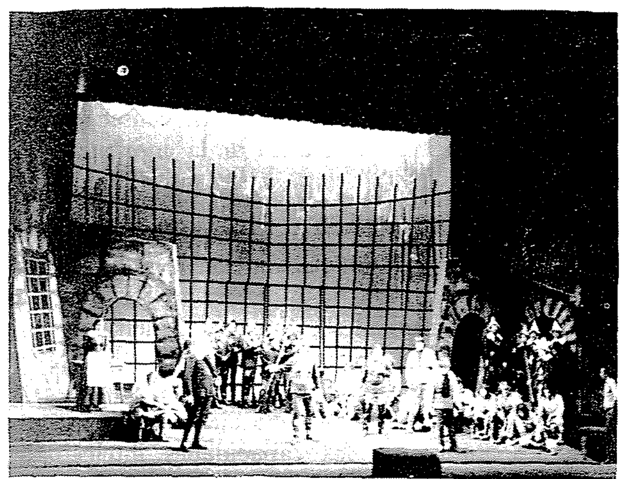


un tratado; de modo que nada se sabía del quehacer científico, y por lo tanto nada se sabía de la ciencia como tarea. Desde los comienzos, la memorización o la retórica ocuparon el lugar del saber, y lo que se trasmitía y aprendía no era de la índole adecuada para formar la aptitud de crear saber, ni despertar vocaciones científicas. Una enseñanza secundaria informativa, de consumo cultural, era la antesala para ingresar en una Universidad igualmente destinada a cumplir una función fundamental de consumo cultural.

Cierto es que hubo —y hay— excepciones dignísimas no sólo en la Universidad sino también en la Secundaria pre-universitaria; así como también hubo —y hay— docentes, en ambos casos, que sin ser propiamente creadores mostraron —o muestran— una información y un dominio de sus temas que por su solidez tenían eficacia formativa, y no de mera trasmisión. La más reciente cantidad y calidad de la producción científica, y también lo que se produce en planos destinados al nivel medio —como esta misma colección y otras recientes de carácter histórico nacional, que en buena parte representan un singular esfuerzo de creación—, son signos de una auspiciosa mejora. Pero aquí corresponde como pocas veces el viejo dicho según el cual la excepción confirma la regla; y esa excepción fue haciéndose cada vez más rara por la fuerza de las cosas, al producirse, desde la década del cuarenta, el aumento masivo del alumnado de Secundaria: esta extensión es sin duda positiva, pero superó las posibilidades que ofrecía el medio para proporcionar un número de docentes suficientemente aptos; mucho más cuando la escasez en las remuneraciones no incitaba a dedicarse a esa tarea; los vocacionales fueron los menos y los que no tenían otras posibilidades fueron los más. Algún momento de sensible mejora económica fue pronto sobrepasado por el proceso inflacionario; y el escalafón docente de Secundaria no admitió nunca en los hechos (aunque su letra permitiera otra cosa) la mejora por méritos, limitándose a considerar nada más que la antigüedad, y en consecuencia a premiar la rutina burocrática de la enseñanza.

LOS "INTELECTUALES"

Otra forma de mediación con la cultura, pero no institucionalizada, la ofrece la actividad de los llamados "intelectuales". Quienes tienen una participación activa, directa y creativa con una forma cultural de alto valor en las jerarquizaciones interiores de una cultura, y cuyo ejercicio supone una práctica asidua de las capacidades intelectuales, parecen merecer de una manera propia la designación de "intelectuales". Sin embargo, el uso ha deformado el sentido más lógico del término, en parte restringiéndolo y en parte extendiéndolo, sobre todo cuando se usa para señalar a los individuos allegados a la cultura en sentido estricto, cuyo conjunto regional o nacional constituye la "intelectualidad". Respecto de esa acepción puede decirse con justeza que "no están todos los que son, ni son todos los que están". Por una parte, y aunque a veces se hable de "los trabajadores de la inteligencia" se produce una limitación en la que, de una manera más o menos vaga, se tiende a excluir a las formas muy especializadas de saber superior, sea de ciencias fundamentales, o de ciencias aplicadas o técnicas, que parecen no mantener una relación vital perceptible con el núcleo temático constituido por la llamada "cultura general"; así ocurre con el especialista de gran valor como tal, pero poco entrenado en o poco inclinado hacia lo que en la vida de relación se tiene por "de interés cultural común". Por otra, ingresan al grupo (o se tienen por integrantes) los que, sin aquella participación tan directa en la producción cultural,


"Fidelio" de Beethoven en el SODRE.

están al tanto de lo que acontece en relación con esa "cultura general", o se sienten inmersos, o al menos se muestran interesados, en los problemas que tienen que ver con ésta, aunque su actividad sea lateral, o su contribución sea insignificante, o sea de trasmisión, o se limite a las modalidades más pasivas del goce o de la curiosidad, o se muestre activo en lo que tiene que ver con los problemas pero ponga tan poco de "intelecto" en ellos que no vaya más allá de formas afectivas de relación, o piense por "slogans". A consecuencia de esa doble deformación se tiene por "no-intelectuales" los que practican ciertas formas sectoriales del saber, y por "sí-intelectuales" a los que simplemente hablan —aunque nada entiendan ni nada aporten— sobre esos "problemas humanos generales" (que en verdad existen), o se dicen al tanto de ese núcleo general de ciencias, de artes y letras, al que sólo conocen de oídas.

Así las cosas, los "intelectuales", que asumen de por sí la personería de la humanidad (de manera semejante a como ciertas castas o ciertas profesiones asumen de por sí la representación "natural" de la soberanía popular, a la que con igual naturalidad desconocen) se constituyen en una fauna no menos variada que la de un zoológico; a menudo son entre ellos no menos feroces que algunos ejemplares de carnívoros selváticos; son el paño de lágrimas de los males de la humanidad, a la que normalmente miran como cosa que les incumbe por intelectuales y para mostrarse como tales, pero que está fuera de ellos; son los magos o taumaturgos por cuya causa los otros podrán llegar a tener esa misma conciencia que ellos tienen por derecho propio; son los iluminados, que llaman hacia sí, y que son tan etéreos que nada tienen que ver con una cruz de materia, no porque no soporten su peso, sino porque éste cae dejándolos incólumes, como la espada que atraviesa al fantasma. Por su tener-que-ver-con-el talento, les parece lógico su derecho de adoctrinar y conducir a los ignaros que, tan extraña como empecinadamente, se muestran desconfiados y renuentes a seguirlos.

Esta caracterización, tal vez un poco cruel (sin duda porque el autor proviene de una especie un poco exótica pero particularmente peligrosa de esa fauna), debe completarse con algunas precisiones:

1) en su conjunto, los "intelectuales" tienen una actitud crítica frente al medio social circundante; las excepciones, bastante numerosas pero poco publicitadas, suelen encontrarse entre los profesionales ligados a una clientela pudiente o a empresas nacionales o extranjeras poderosas, o entre quienes poseen título universitario pero además fortuna familiar. También los titulados que se dedican a la política quedan fuera del grupo. La actitud crítica del resto se debe a un fundamento doble: por su parte, las evidencias de deficiencias sociales reales con que se encuentran en su vida

diaria; por otra, el sentimiento de frustración respecto a lo que comprenden como posibilidades realizables y la falta de poder propio para concretarlas. Ambas razones son serias y sólidas, y lo es su inconformismo, por más que éste no sea demasiado radical, y a veces entiendan mal las posibilidades reales, teniendo por tales a las ideales.

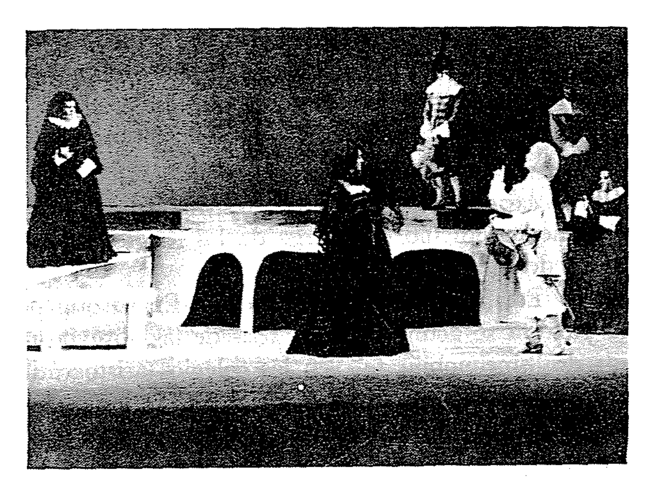
2) Sector aparte forman los medios más ligados a la actividad estética, de los que es clásico presumir modos irregulares de vida. Festejados en su trabajo técnico, pero desacomodados en su actividad privada, suelen estar inclinados a la crítica de los valores establecidos que los comprometen, y en definitiva tienden a simpatizar con toda forma de expresión crítica que no los ataque como cuerpo. Su irregularidad y marginalidad son beneficiosas, aunque quepa dudar de la solidez de sus alcances. Sus intenciones suelen producir efectos limitados, por incomprensión de los más o por comprensión fugaz seguida de olvido: ello sin perjuicio de que a veces los frutos de su labor sean valiosos, e importen mucho para los que saben ver y oír.

3) Ideológicamente, tanto éstos como aquéllos forman un conjunto extraordinariamente heterogéneo. Su punto más visible o importante de contacto es su común tendencia a defender la libertad crítica de la inteligencia humana. Pero en general son escasas sus relaciones con las tendencias sociales que operan realmente en procura de cambios sustanciales. Su escasa humildad, su iluminismo, su ingenua confianza en el poder de las palabras, no les dan hoy el papel rector que en otras circunstancias sociales tuvieron. Engendran desconfianza, aunque se utilice su prestigio.

4) Una de sus expresiones más comunes es la "manifiestomanía"; por grupos que, como por derecho divino, se atribuyen la representación del todo, se ha hecho tal abuso de lo que fue y eventualmente puede ser una noble forma de expresión de principios, que las declaraciones que se reparten a diestra y siniestra han perdido su antiguo vigor; pocos la leen y sólo conmueven a los conmovidos. Obviamente, a veces representan formas dignas de protesta, que merecen expresarse a pesar de su eficacia relativa: pero no es esto lo más común. Tal vez su escaso prestigio actual no se deba sólo a una relación inversamente proporcional con la frecuencia, sino a la misma conjunción de firmas: al lado de unos pocos de prestigio se acumulan cuantos creen tener algo que ver con los libros, empezando por los versificadores fracasados. Cuanto menos importante el firmante es, más importante se cree por el hecho de firmar y aparecer en letras de molde cerca de alguien que en verdad importa. Así se dan patente de intelectuales, aunque es probable que algunos no hayan escrito en su vida otra cosa que su firma.

5) Ese mundo marginal de inteligencias desaprovechadas que forman el coro de la tragedia actual de la inteligencia tiene sus luminarias de

"Noche de Reyes" por la Comedia Nacional.



segundo plano, que se creen oficiantes sagrados, mediadores entre las sublimidades del espíritu y el pobre público al que ellos han de enseñar lo bueno y lo malo; son los *críticos,* un subproducto de la cultura actual, que en lo nacional tiene carácter endémico. Se muestran omnisapientes, salvo en lo que tendría que importarles para cumplir buenamente su función: la de informar reflexivamente en lo que técnicamente importa, acerca de lo creado por otros. Se comenta una obra cinematográfica, y por casualidad se dice algo de cine: se habla del tema, con enciclopédicas referencias a sociología, filosofía, psicoanálisis, literatura y hasta teología; cuando se habla de literatura no se habla de ella, sino de problemas íntimos o sociales del autor, y la obra se disuelve en un mar de consideraciones sobre política, economía, metafísica, intenciones telúricas y efusiones sentimentales sobre los misterios del alma. Los pocos críticos seriamente informados y bien centrados en su tarea —que felizmente y para respeto de la profesión existen— desaparecen entre los que, entre citas mal digeridas de Freud, Marx, Sartre, espacios volumétricos, lenguaje de colores y búsqueda del Ser, desde diarios, semanarios o revistas, dictan cátedra para tertulias. Estos últimos obviamente encuentran todo mal, salvo cuando se rinden de admiración por lo que no entienden. Y así como hay cosas que se hacen "pour épater les bourgeois", hay otras que se hacen "pour épater les clercs", tomando esta última expresión en el sentido restringido y moderadamente ridículo que surge de los renglones que anteceden.

6) Están finalmente los "snobs". En su origen, la palabra se acuñó como síntesis de las abreviaturas de "sine nobilitate", en los colegios aristocráticos ingleses. En el contexto social que suponía, involucraba más o menos una velada referencia a la calidad personal, más allá de la socialmente reconocida. En cierto modo llegó a significar "sin calidad", y a designar un modo social de comportarse en el que, a pesar de haber aprendido las apariencias, se carecía de la interioridad que las animaba: falta de flexibilidad en la aplicación de las pautas, por no llevar desde adentro el principio que las animaba, empeño por parecer lo que en verdad no se es, ostentación de lujos sin soltura al estar entre ellos, gustos y aficiones que se tienen porque es distinguido tenerlos, falta de naturalidad en las virtudes y los vicios, y carencia de intuición certera ante las circunstancias no previstas. En definitiva, falta de una formación verdaderamente originaria. El "snob", recién llegado o nuevo rico, necesita mostrar su nueva condición, y por eso mismo muestra que ésta le adviene tardíamente; depende de la moda más que del buen gusto, se exhibe en lo que se estila, sin la discreción del que para "estar" no necesita exhibirse. Pero esta caracterización, ligada a un plano de maneras, gustos y gestos, se extiende sin esfuerzo, lejos de su acepción social, a la calidad con que se está en relación con las manifestaciones de la cultura, particularmente en su sentido restringido. Tanto en el hacer como en el gustar hay faltas de calidad que frustran una relación valedera con el objeto cultural en presencia, sin que ello se deba al fundamento de una corregible falta de información.

Esa relación frustrada con la cosa cultural producida se da en los casos anteriores de pseudo-intelectualidad, en el acumular lecturas prestigiosas pero sin ahondarlas, en el correr tras exposiciones y asistir a lo que hay que ver para estar al día en lo que por expresión de cultura se tiene, pero sin estar en la faena de la cosa. Tal es justamente la condición de los que se creen "más cultos" cuando están más en la salida que en la entrada de un "acto cultural", en cuyos contenidos la atención ha resbalado, y nada se ha "aprehendido". En este


Museo de Bellas Artes (exposición Klee).

sentido desplazado el snobismo se encuentra en buena parte del "público de lo culto". Su función importante y positiva está en que permite la vida pública de lo culto, la alimenta económicamente, la sostiene y la prestigia como tema de que se habla, y que en cuanto tema es vigente. Su función negativa está en que buena parte de lo que en la cultura actual se produce se hace en vista de ese público que aspira a pasar por culto y que se satisface con su mero "estar-enterado-de", sin valor formativo.

Esa forma positivo-negativa de snobismo se da entre nosotros en las clases medias, que son también aquéllas donde, cada uno en su tarea, se cumple con una verdadera creación de cultura y se realiza un auténtico consumo de la misma; mas sus posibilidades económicas limitan grandemente su capacidad para la producción, ejercicio y consumo de formas culturales. La función mayor que en otros lugares cumplen los "snobs" de clases pudientes respecto de la cultura, no se realiza en nuestro medio: se prefiere normalmente lo extranjero, no se reconoce a lo nacional, no se lo fomenta ni para aparentar mecenazgos, suele no gastarse en ello sino cuando es gasto publicitado. Nuestros "snobs" pudientes, imitadores de los de otros lados, son pues doblemente "sine nobilitate".

LA MEDIACION ESTETICA

Todo cuanto acaba de decirse conduce directamente a hablar de las actividades estéticas mediadoras en lo cultural. Por tales entendemos aquellas que manifiestan lo estéticamente creado, a través de su exhibición, representación, ejecución o interpretación. Cierto es que cualquiera de esos aspectos, particularmente los tres últimos, envuelven un elemento de creación; pero ésta es a segundo grado, secuencial respecto de lo primariamente creado. Por otra parte es frecuente en el medio cultural una distorsión en la jerarquía de sus expresiones: es frecuente que se corra tras el intérprete y no tras el autor, y aun tras los actores antes que tras el director. Esto mismo pone de manifiesto que se trata de actividades de mediación: ante quien directamente está el público es el mediador, o el hecho mediador. Aquí también hay limitaciones condicionantes: obras para las que no hay intér-



Escena de "Fuenteovejuna", en El Galpón.

pretes suficientes o de suficiente nivel, repertorios imposibles por falta de un público que permita compensar su costo. La falta de apoyo oficial en algunos casos y las posibilidades escasas de una élite cultural de clase media, se manifiestan nuevamente aquí como limitaciones insalvables.

En cuanto a las instituciones oficiales de mediación, mucho es lo que habría que decir, y poco lo que en su caracterización general cabe decir aquí. La endémica falta de recursos, la incomprensión de los esfuerzos por una planificación eficaz de su actividad, el manifiesto desinterés por atender lo que para el interés público inmediato no rinde, la falta de aprecio general por lo que constituye un acervo cultural, se conjugan para mostrar un cuadro de pérdida o deterioro de obras, desinterés ante la destrucción de algunas, pérdida de posibilidades de adquirirlas o conservarlas, o de conocerlas y gustarlas, pérdida de tiempo en dificultades administrativas, pérdida de lo que podrían aportar personalidades reconocidamente valiosas y técnicamente competentes, pérdida de los esfuerzos sacrificados de muchos que en el medio oficial se encuentran permanentemente limitados. Poco o nada se destina a prestar apoyo a intérpretes nacionales, poco o nada para espectáculos de interés nacional. Poco o nada tienen tampoco nuestros museos para incrementar su acervo, o para organizarse de una manera racional. La difusión cultural hacia el interior ha sido prácticamente dejada a un lado, y los esfuerzos de algunos departamentos se estrellan ante sus carencias de recursos y su falta de contacto orgánico con los centros capitalinos técnicamente más capacitados.

En lo que tiene que ver con la actividad privada, cuando ésta se expresa en intenciones positivas hacia lo cultural estricto, se encuentra limitada por la general pertenencia de sus gestores y receptores a una clase media cada vez más limitada por la situación económica del país. Moderadamente eficaces han sido algunos esfuerzos asociados de difusión de algunas formas estéticas. Algunos museos privados, con piezas de excepción, no han logrado el apoyo oficial que debieran. De particular importancia ha sido en los últimos años el movimiento de teatros independientes, que ha alcanzado puntos altos en su repertorio y en su eficacia interpretativa. Pero la historia de esas gestiones, y su relevamiento estadístico, es tarea que no nos compete.

Debemos sí consignar el predominio del interés privado, sin aprecio por lo cultural de interés nacional, en el caso de los medios masivos de comunicación. Programas extranjeros y extranjerizantes de mal gusto, la falta de protección legal o reglamentaria a la gestión nacional, la falta de exigencias de un determinado nivel, o de un margen cuantitativo de espacios dedicados a lo de valor cultural propiamente dicho o a lo de efectivo interés nacional, completan un cuadro francamente desolador. No sólo atienden a lo más negativo de un público, sino que, deformando su capacidad de recepción, lo vuelven cada vez más negativo. Espacios desmesurados en la prensa dedicados al espejismo de medios galantes, a datos de lo que ocurre en balnearios de lujo, a intimidades de astros o estrellas, sumisión a cadenas internacionales, grandes titulares para lo que no importa, o para promocionar lo que se hace en el extranjero (aunque sólo se trate de play-boys disfrazados de médicos), críticas sistemáticas y desmedidas —fundadas por lo general en el resentimiento o en la ignorancia o en el miedo— de los medios académicos locales y de los entes oficiales de enseñanza, son cosas de nuestro común pan cultural de cada día. Ocurre así que el público en general, que es su destinatario receptivo lógico, está insistentemente deformado en su óptica acerca de lo que a la nación importa. Las raras informaciones correctas sobre lo que tiene significado positivo en la situación cultural actual, suelen caer en el vacío, o tener una eficacia sólo relativa, limitada a los medios ya culturalmente preparados para una recepción adecuada.

Finalmente, y acerca de lo que oficialmente se hace por el nivel cultural en ocasiones de interés masivo, como en las fiestas de Carnaval, es mejor el silencio.

En otra forma, también cultura nacional.



PROBLEMATICA CULTURAL Y PROBLEMATICA NACIONAL

CARACTER NACIONAL Y MITOLOGIA NACIONAL

Conforme a lo explicado en el tercer capítulo de este trabajo, por carácter nacional es preciso entender ciertas costumbres, hábitos y tendencias, modos más o menos colectivos de sentir y de pensar, o de gustos y maneras que, como resultado de factores de distinto orden, son expresivos de la situación histórica de la sociedad nacional tomada en el conjunto de los aspectos que la identifican como tal por sus contenidos culturales en sentido amplio, al margen de las formalidades que surgen de estatutos jurídicos de vigencia internacional. El "carácter nacional" no es otra cosa que el conjunto de realizaciones, de modos de comportamiento y condiciones objetivas condicionantes que permiten describir y a veces prever acciones y reacciones, de una manera muy genérica, válida sólo aproximativamente, y que por lo mismo admite numerosas excepciones, así como conlleva posibilidades de cambio. Traduce, en una asociación históricamente constituida, las formas interrelacionales de vivir y sentir la vida organizada, en la que se expresa, sobre el fondo de tradiciones, circunstancias ambientales y presiones geopolíticas, el complexo económico-técnico-científico-estético-jurídico que, en los modos laborales y extralaborales, en la acción y en el ocio, en los sentimientos, las opiniones y las preferencias, subsisten con cierta persistencia y cierta generalidad, a través de variantes concretas cuasi-cotidianas. Siendo así, es muy difícil ensayar su descripción, necesariamente imprecisa; y esa dificultad se acrecienta en las sociedades que están en etapas de transición.

Sin embargo, y aunque el ensayo de esa caracterización comporte casi siempre el fracaso del ensayista, se da el caso de que la misma sociedad se caracteriza a sí misma a través de fórmulas bastante generalmente reconocidas, que por lo tanto constituyen manifestaciones parciales de su auto-

conciencia, y que son sus *mitos*. Algunos de aquellos rasgos y de estos mitos pueden detectarse con relativa facilidad, y dar motivo para un examen crítico.

En cuanto a sus preferencias, gustos y maneras, el Uruguay ha sido, durante mucho tiempo, un país de "clase media"; y lo sigue siendo, a pesar del expreso poder político de primer plano que en la actualidad han adquirido las clases económicamente dominantes, antes semi-ocultas, por lo general ignoradas en cuanto a su significado social como factor de presión en decisiones gubernamentales, aureoladas por el prestigio de lo lejano que le prestaban algunos de sus lujos, y cuyos fundamentos, contradictorios con el interés de los más, permanecían discretamente encubiertos. No tenía sus antecedentes en el centro de un virreinato, se formó por aluvión, sólo en contados casos encontraba sus orígenes en un patriciado que no por ser tal dejaba de ser provinciano. En sus formas, tendía a imitar a las clases dominantes de otros lados, a las que envidiaba; pero, en definitiva, no dejaba de ser clase media enriquecida. Las diferencias cualitativas que derivaban de su distancia económica con el resto de la clase media no eran suficientes para determinar una diferencia sustancial de mentalidad, fuera del natural predominio que en ella tenían las opiniones políticas de estilo más conservador. Como mediador entre ambas clases, y en difícil y peligroso equilibrio inestable, necesitado por ambas, presionado por ambas, criticado por ambas, aparecía la función del político; y poco influían en éste los sectores más humildes, que se limitaban en general a seguir las líneas políticas que emanaban de las otras clases, según el prestigio del caudillo o de los lemas, entre los que se elegía, cuando no mediaban razones personales, con la misma gratuidad y el mismo entusiasmo que el partidismo por un club deportivo. Esa estructura, justamente llamada "policlasista", de los grandes partidos tradicionales fue el secreto de su estabilidad; pero, al mismo tiempo, fue una de las causas de su estancamiento y de su pérdida de contacto con sus bases sociales al agudizarse los problemas económicos nacionales. En su difícil función de "mediador universal", el político profesional de nuestros viejos partidos tuvo el doble carácter de esperanza colectiva siempre renovada, y de "chivo emisario" al que se culpaba de todos los males de los que, salvo en lo incidental y accesorio, no tenía la culpa.

Hoy se ha producido su "crisis", y el poder político se ha desplazado abiertamente hacia una clase económica definida, con varias consecuencias: la presión violenta de una ideología oficial favorable a ésta; la destrucción de la aparente universalidad del Estado, convertido en expresión de intereses sectoriales; cierta radicalización de una parte de la clase media, más consciente de que "el patrimonio de los orientales" es propiedad de algunos, y está bajo la creciente intromisión de intereses extranjeros.

Como "país de clase media", el nuestro ha sido escaso de miras, corto de ambiciones, satisfecho con sus modestias, cómodo en sus convicciones, poco dispuesto al cambio y al esfuerzo organizado, desconfiado de sus propias capacidades. Con esos defectos fueron juntas sus virtudes: su civismo, su respeto por la libertad individual y la libertad de crítica, su sentido de los frenos a que ha de someterse el poder del Estado, su resistencia a las formas ostensiblemente violentas del ejercicio de ese poder. Entre aquellos defectos y estas virtudes se configuró uno de sus mitos, el de "Uruguay feliz", que se apoyaba en la realidad de aquellas virtudes; pero en la efectividad de ese Uruguay sólo eran relativamente felices algunos, en su tranquila moderación, y los más no sabían protestar y hasta



Una manera no promocionada de vivir en nuestra realidad.

creían que no debían protestar, pues así como se había progresado se seguiría progresando, por la gracia de los futuros tiempos que, por futuros, habrían de ser mejores. Pero éstos se limitaron a mostrar de una manera visible, por acentuación progresiva de lo existente, lo que el Uruguay ya era y no lo sabía o no quería saberlo: un país estratificado y estabilizado, dominado por dentro y desde afuera, pendiente de su admiración por lo extranjero, carente de metas, sin fuerzas que impulsaran realmente un proceso interior de maduración, sin voluntad de ser una nación, justo por la ilusión de que ya lo era. Y si se presentaba una meta de ocasión, para ella bastaría con la acción de otro de sus mitos, "la garra charrúa", entendida como aptitud excepcional para el esfuerzo difícil, en difíciles circunstancias de excepción.

Es cierto que de esa "guerra" hubo, y que la hay; y —esperémoslo— la habrá. Por lo tanto, ha sido y es, ocasionalmente, realidad; no sólo en triunfos deportivos, sino también en jornadas políticas, y aun en obras científicas o estéticas o en realizaciones técnicas; sólo por esa "garra" es que pueden explicarse algunos logros, habida cuenta de las penosas y limitadas condiciones posibilitantes en que el uruguayo debe habitualmente trabajar. Como todo mito verdadero, se apoya en una realidad, y reobra sobre ella. Es así que a veces ha tenido y tiene efectos positivos: si ciertos hechos han hecho nacer la creencia en la garra charrúa, en

otros momentos esa creencia la ha efectivamente engendrado. Pero también tiene efectos negativos, y se fundamenta en circunstancias negativas, muy ligadas a lo que puede llamarse carácter nacional, y por lo tanto a la situación nacional, que es la falta de "formación" para la acción organizada, sistemática, planificada, para lograr resultados colectivos valiosos. De ahí otro de sus "mitos": el mayor valor de lo extranjero por ser tal, y la admiración individualizada por algunos logros nacionales a los que se mira como hazaña y repercuten afectivamente, pero no organizativamente.

Esta carencia de una estructura apta para permitir, más allá de la mera información, una "formación" adecuada para la creación, el ejercicio y el consumo, de expresiones culturales nacionales o extranjeras, pero de manera tal que todo ello tienda hacia la efectividad de una conciencia autónoma de la nacionalidad como totalidad que tiene su fin en ella misma, y cuyo destino, aun más allá de ser *de* todos y *para* todos los suyos, es el de hacer oír su voz de una manera *independiente* en el ámbito de lo regional y en el ámbito de lo universal, es la mayor de las insuficiencias de nuestra situación cultural actual. Por eso nuestros pocos pero efectivos éxitos suenan como estridencias aisladas, y no como notas que se integran en una armonía fluyente. Este diagnóstico ¿permite formular algún pronóstico? ¿Puede, por lo menos, recuperar en algún sentido, en vista de un futuro, algunos de aquellos criterios estimativos antes criticados?

CULTURA, DESARROLLO Y AUTOGNOSIS

Nuestro tema ha tenido por objeto la "cultura nacional". A sus efectos no nos detendremos en el concepto jurídico de *Nación,* como comunidad humana organizada que posee una estructura política en la que se autodefine como independiente; ni tampoco entenderemos por tal una delimitación geográfica que con aquella estructura se refiere. Por "Nación" entenderemos, conjuntamente con aquello, una situación cultural colectiva que resulta de una gestación, tiene un presente, y hace frente a un porvenir. Esta *temporalidad de un nosotros* no se limita a una sucesión de fases, etapas o épocas, ni a la concatenación secuencial lógica que se establezca entre ellas; en ese "nosotros", pasado, presente y porvenir se interpenetran y condicionan, se señalan los unos a los otros, se aprueban y desaprueban, se compadecen y se padecen. Aunque la historia y la cultura no sean términos coincidentes, por más que la historia sea un factor de la cultura y la cultura un factor de la historia, la apreciación de nuestro momento cultural no es separable de la de un momento histórico, ni el pasado de aquél del pasado de éste.

Por otra parte, el "nosotros" de una nacionalidad de contenido cultural —y lo tiene por su peculiaridad histórico-regional, sin perjuicio de su pertenencia a un área cultural por lo advenido en ella, y a una región (que puede presentar caracteres culturales diversificados), por una comunidad problemática general con aspectos fundamentales de la misma— es de carácter complejo. Es un "nosotros" que es una unidad diferenciada, debido a la estratificación cultural y a la incidencia del tiempo histórico.

Por la estratificación cultural, las vigencias culturales son distintas en distintos medios, difieren en la ciudad y en el campo, divergen en las distintas clases sociales, y también son diversas en núcleos comunitarios que se aglutinan según intereses reales o ideales que trascienden, en considerable medida, las diferencias fundadas en otras razones (los medios universitarios, los grupos artísticos).

Los valores evidentes en un medio no lo son en los otros, las pautas culturales que representan las formas "naturales" de comportamiento son diversas, los gustos y las preferencias difieren, tanto como difieren las posibilidades reales de acceso a estilos de formación creadora o de comprensión. ¿Hay fundamentos objetivos para que lo vigente en un medio sea más natural, o más típico, o más auténtico, etc., que en otro? ¿Hay de alguna manera un orden más o menos implícito de jerarquías preferenciales? Pero, de ser así, ¿qué fundamento tiene esa jerarquía, y cuál es la valía de ese fundamento? Por otra parte, ¿qué valor tiene que algo sea más típico o auténtico en un sector? ¿Invalida acaso a los otros sectores? ¿Bastará dejar a cada uno en lo suyo? Pero ¿acaso esos sectores son aislados y sin relación?

No hay *un medio* sin una cierta forma de unidad, real o ideal, afectiva o ficticia, pacífica o tensional, dentro de cierta medida persistente, o acosada ya por la amenaza, la inminencia o la efectividad de procesos de cambio. Esa unidad de relación se cumple, incluso a través de los antagonismos, que se configuran como tales dentro de un ámbito que los delimita y les da sentido. Por otra parte, ningún sector lo es aisladamente: es sector dentro de una totalidad móvil, que es proceso en curso. Cada sector no sólo es y en cierta medida sabe de sí mismo, sino que sabe también de los otros, en cierto grado los juzga, y sabe en parte lo que los otros piensan acerca de sí y acerca de los otros sectores. Que, en ese juego de relaciones en que marchan juntamente en intercambio constante acciones reales y juicios estimativos, existan abundantes formas de falsa conciencia, que normalmente sea en parte erróneo el saber y juzgar de sí y el saber juzgar sobre los otros (puesto que jamás es plena la autoconciencia relativa a la situación en que un sector está, y el juego de las relaciones extrasectoriales integra la situación sectorial), es cosa que no impide la realidad de los procesos relacionales, ni impide —sino que al contrario fomenta— la multiplicidad de problemas teóricos y prácticos que surgen de los mismos.

Ahora se agrega el tema ya anunciado del tiempo histórico. Ninguna sociedad es tal limitada al instante. Ninguna cultura es tal encerrada en un ahora. Cuando hablamos de problemas relativos a nuestra cultura "actual", esta actualidad no es la del segundo que ahora pasa al pronunciar este ahora, ni es la hora en que el autor escribe esto, ni la hora en que un lector lee lo escrito, ni la de una posible integración relacional entre el escritor y el lector. Para un lector futuro que haga la historia de lo escrito en el Uruguay en este "ahora", nuestro ahora no será el ahora de él, aunque comprenda perfectamente esta expresión: "nuestro ahora", como designativa de un ahora que fue para un pasado "nosotros". Es el contexto situacional el que delimita y da sentido a un "nosotros" y a un "ahora". En este escrito, que como hecho espacio-temporal está ligado a un lugar y a una fecha, el "nosotros" se determina relativamente a los integrantes de una nacionalidad acerca de cuya cultura nos hacemos problema, y el "ahora" es el de ese nosotros, y no se limita a una fecha, ni al ayer y al mañana, sino a un lapso bien concreto en su núcleo pero que en sus límites se esfuma tanto hacia su pasado como hacia su futuro. La tierra, la sangre, los antepasados, no son en su significado cultural conceptos naturales; mucho menos en los países formados por grandes aportes migratorios: señalan "afincamiento" pero éste, tal como el árbol trasplantado, crece ahondando sus raíces a lo ahora para él lugareño, y es justamente por eso que se eleva hacia los cielos. Aquellos conceptos delimitan el pasado que se construye como propio por el lugar en que se está como miembro



En Televisión Universitaria, una explicación autorizada sobre la historia y el significado de los símbolos nacionales.

de un contexto colectivo, y que se elige como pasado de éste conjuntamente con el proyectarse de éste hacia un futuro. Por eso, aunque las metas a lograr se gestan a partir de lo ya acontecido, es en el esfuerzo por anticiparnos hacia ellas que nos constituimos un pasado como pasado "propio". Pero, insistimos, se trata de realidades colectivas: el "yo" no es concreto sino en función del contexto cultural de un "nosotros" y es en el "nosotros" donde originariamente nos movemos, vivimos y somos. Es por la fuerza con que en este "nosotros" avanzamos, expresa y volitivamente, hacia metas definidas que adquirimos un pasado en el que nos integramos. Por eso lo nacional, lo propio, lo nuestro, no constituyen realidades-guías porque ahora sean o porque lo hayan sido, sino que se

construirán como tales en la medida en que el nosotros colectivo, desde sus circunstancias y en función de ellas, quiera tenerse a sí mismo por fin a realizar, como un nosotros colectivo pleno. Por eso también no constituyen un "algo" que hayamos perdido y con lo cual tengamos que reencontrarnos, pues sólo lo encontraremos construyéndolo, y sólo lo somos ya en la medida en que estamos en la tarea común de gestarlo. Cuando lo nacional, lo propio, y criterios similares, se contemplan de espaldas al futuro, como siendo ya tales o habiéndolo ya sido, sólo pueden servir para originar actitudes retrógradas, que se pierden a sí mismas por no hacer posible un futuro que sea valioso en cuanto inserto en las urgencias de su tiempo. Quien se arraiga en un origen es tal cuando, por su futuro, encuentra allí su fundamento, pues lo construye en la tarea de gestarse. Por eso sólo tienen historia los pueblos que están dispuestos a hacerla; si no, a lo más la habrán tenido, y no son ya pueblos presentes como pueblos, aunque cronológicamente sea hoy que vegetan.

Así, las metas a lograr como objetivos de una política cultural no son separables de las metas a lograr como objetivos de una política nacional: se trata de saber si queremos realizarnos como nación, o si nos resignamos a concluir en un estado de factoría. Nuestro originario artiguismo, si hacia él volvemos para ir hacia nuestro futuro, apunta hacia lo primero; las presiones actuales de la coyuntura histórica, apuntan hacia lo segundo. Para ambos casos hay un posible desarrollo, que por lo tanto no vale como tal, sino sus fines. Ante esa palabra, que hoy parece tener efectos mágicos, siempre es posible preguntarse: desarrollo de qué, por qué y para qué. No es muy entusiasmante pensar en un desarrollo que tienda a fomentar la influencia de los centros de poder, que se oponen a nuestras posibilidades respecto de una cultura nacional que ponga sus fines en su propia autonomía, como formación cultural y formación nacional conjuntas. Un desarrollo que consista en mera acumulación progresiva de bienes, y de posibilidades de acrecentarlos, gobernadas desde afuera, no es un desarrollo de lo nacional como tal, por dejar de lado su voluntad autónoma de construir su futuro: la jaula dorada no deja de ser una jaula. Nuestras metas han de definirse por nuestra actual situación problemática; y en ésta está hoy comprometida nuestra autonomía. Sólo una política de acrecentamiento de las posibilidades de creación cultural, que nos permita definir el perfil nacional que ha de valer como objetivo "nuestro", puede dar lugar a un desarrollo auténtico; sólo un mayor conocimiento de nosotros mismos y por lo tanto de nuestras posibilidades reales, lo puede hacer posible. Por eso la atención hacia las posibilidades creativas de una cultura nacional en sus planos más altos, en lo cognoscitivo y en lo estético, no es un lujo inútil, ni un lujo de la miseria, sino la más importante de las necesidades nacionales. No es posible que nuestro saber básico dependa de otros y no tengamos allí voz, que los conocimientos de técnicas aplicables se nos impongan desde afuera, que nuestras ciencias humanas se conformen con aplicar conceptuaciones básicas dependientes de otros centros y que obedecen a otros intereses; que, en definitiva, pensemos de nosotros por lo que otros quieren que pensemos de nosotros, y que nos propongamos los fines que otros nos imponen. Todo ello es incompatible con la idea, proyectada hacia el futuro, de una autonomía cultural que lo sea para que nuestra nación madure, y se realice *como tal* y *como totalidad;* pues el fin de esa autonomía —que no debe confundirse con autarquía, dadas las actuales condiciones internacionales de existencia— no puede ser para algunos, sino para la nación como comunidad efectivamente integrada.

CONCLUSIONES

¿Existe una cultura nacional?

1) Existe, en cuanto hecho localizado de presencia ineludible, pues no hay comunidad humana sin estatuto cultural. Es fundamentalmente *informativa;* padece de una influencia *deformativa* que proviene de los centros de poder que operan en el área cultural, y en el área regional a que pertenecemos. Dentro de esa área nuestro país funciona como parte de un sistema cultural, en el cual se constituyen relaciones de dominio cultural que nos mantienen marginados, en estado de sometimiento.

2) Sólo existe incipientemente, en cuanto a lo que una cultura nacional ha de ser a los efectos de funcionar *para* la nación como tal. Nuestra estructura cultural no posee todavía, ni en el sentido amplio ni en el sentido estricto del término cultura una organización suficiente para orientarse hacia sí misma como meta propia; no es *formativa* para ese fin. El encaminamiento hacia éste es inseparable de los esfuerzos para que la nación se realice efectivamente como totalidad propia, en la que realmente participen todos sus miembros, integrados en la finalidad común de su autonomía.

3) Las posibilidades que a partir de esa meta permiten formular una política cultural, no son separables de la realidad de una política nacional. Sólo si esas posibilidades se cumplen tendremos una cultura que sea efectivamente *nacional,* en su forma, en su fondo, en sus fundamentos y en su sentido.

En los medios técnicos, a distintos niveles, esa "política cultural" es un proceso en marcha, aunque contra ella vaya la actual "política nacional"; por esta última razón no sólo es lento su curso sino también su difusión y sus posibilidades pueden quedar geopolíticamente truncadas. Se acompaña, sin embargo, con una conciencia creciente de la situación social que constituye su base y de su problemática política verdadera. Su mayor peligro está en los intereses extranjerizantes a que están sometidos los medios masivos de comunicación y los actuales centros de poder político.

4) La independencia de una nación no es separable de la independencia de su cultura, por lo menos en lo que tiene que ver con las fuentes que le permitan definir sus propias metas. La independencia de su cultura no es separable de la independencia de sus centros de poder, a fin de que éstos actúen con sentido nacional. A su vez la independencia de éstos no es separable de la independencia cultural. Sólo una política nacional que tienda hacia ésta puede ser verdaderamente *nacional.*

RESERVE EL PROXIMO VOLUMEN DE "NUESTRA TIERRA"

PERSPECTIVAS PARA UN PAIS EN CRISIS

LUIS FAROPPA

1. EL URUGUAY INDÍGENA
Renzo Pi Hugarte
2. EL BORDE DEL MAR
Miguel A. Klappenbach
Víctor Scarabino
3. RELIEVE Y COSTAS
Jorge Chebataroff
4. EL MOVIMIENTO SINDICAL
Germán D'Elía
5. MAMÍFEROS AUTÓCTONOS
Rodolfo V. Talice
6. IDEAS Y FORMAS EN LA ARQUITECTURA NACIONAL
Aurelio Lucchini
7. EL SISTEMA EDUCATIVO Y LA SITUACIÓN NACIONAL
Mario H. Otero
8. TIEMPO Y CLIMA
Sebastián Vieira
9. IDEOLOGÍAS POLÍTICAS Y FILOSOFÍA
Jesús C. Guiral
10. RECURSOS MINERALES DEL URUGUAY
Jorge Bossi
11. ANFIBIOS Y REPTILES
M. A. Klappenbach y
B. Orejas-Miranda
12. TIPOS HUMANOS DEL CAMPO Y LA CIUDAD
Daniel Vidart
13. AVES DEL URUGUAY
Juan P. Cuello
14. LA SOCIEDAD URBANA
Horacio Martorelli
15. INSECTOS Y ARÁCNIDOS
Carlos S. Carbonell
16. LA SOCIEDAD RURAL
Germán Wettstein - Juan Rudolf
17. EL DESARROLLO AGROPECUARIO
Antonio Pérez García
18. SUELOS DEL URUGUAY
Enrique Marchesi y Artigas Durán
19. HIERBAS DEL URUGUAY
Osvaldo del Puerto
20. COMERCIO INTERNACIONAL Y PROBLEMAS MONETARIOS
Samuel Lichtensztejn
EL TURISMO EN EL URUGUAY
Volumen extra
21. EL SECTOR INDUSTRIAL
Juan J. Anichini
22. FÚTBOL: MITO Y REALIDAD
Franklin Morales
23. PECES DEL URUGUAY
Raúl Vaz-Ferreira
24. EL LENGUAJE DE LOS URUGUAYOS
Horacio de Marsilio
25. MEDIOS MASIVOS DE COMUNICACIÓN
Roque Faraone
26. LA CRISIS ECONÓMICA
Instituto de Economía
27. ÁRBOLES Y ARBUSTOS
Atilio Lombardo
28. LA PRADERA
Esteban F. Campal
29. EL LEGADO DE LOS INMIGRANTES - I
Renzo Pi Hugarte y Daniel Vidart
30. LA PRODUCCIÓN
Pablo Fierro Vignoli
31. PLANTAS MEDICINALES
Blanca A. de Maffei
32. LA ECONOMÍA DEL URUGUAY EN EL SIGLO XIX
W. Reyes Abadie y
José C. Williman (h.)
33. HACIA UNA GEOGRAFÍA REGIONAL
Asociación de Profesores de Geografía
34. LA CLASE DIRIGENTE
Carlos Real de Azúa
35. LAS CORRIENTES RELIGIOSAS
Alberto Methol Ferré
36. RÍOS Y LAGUNAS
Raúl Praderi y Jorge Vivo
37. PLANTAS ORNAMENTALES
Eduardo Marchesi
38. LA VIVIENDA
Juan P. Terra
39. EL LEGADO DE LOS INMIGRANTES - II
Daniel Vidart y Renzo Pi Hugarte
40. GEOGRAFÍA DE LA VIDA
Rodolfo V. Talice y Jorge Chebataroff
41. LOS TRANSPORTES
Luis Marmouget
42. FRONTERA Y LÍMITES
Enrique Mena Segarra
43. LA INVESTIGACIÓN CIENTÍFICA
José L. Morador
44. POLÍTICA Y SOCIEDAD
Antonio Pérez García
45. LA CONSERVACIÓN DE LA FAUNA
Raúl Vaz-Ferreira
46. LA CULTURA NACIONAL COMO PROBLEMA
Mario Sambarino
PERSPECTIVAS PARA UN PAÍS EN CRISIS
Luis Faroppa
LA SALUD EN EL URUGUAY
José Royol

Precio de venta al público, sujeto a modificación de acuerdo con la ley Nº 13.720, del 16 de diciembre de 1968 (COPRIN); $ 160.—